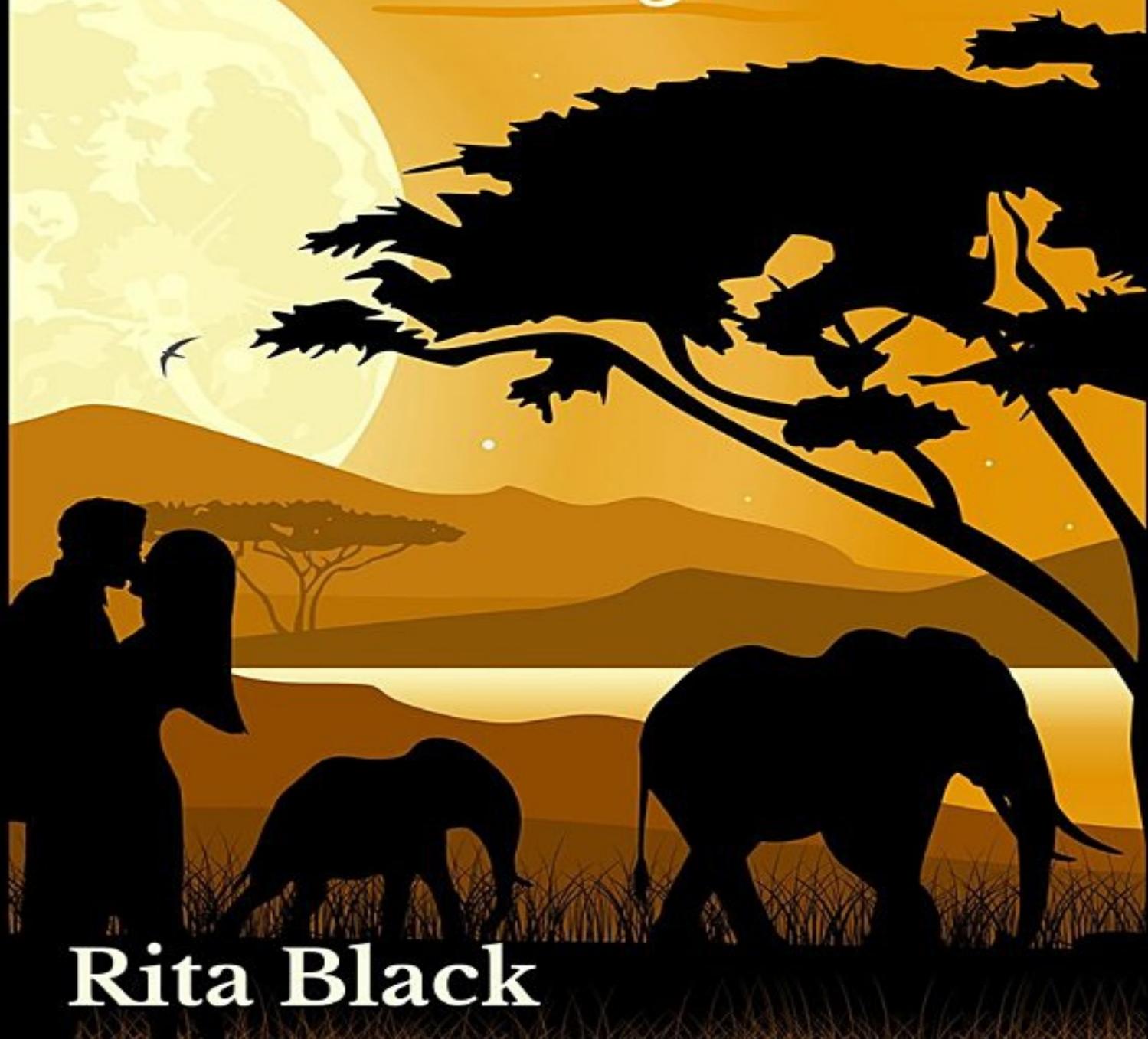


Selecta

*Corazones
de África*



Rita Black

Corazones de África

Rita Black

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

Un páramo reseco y desolado la recibió al llegar a la misión. Una sonrisa ladeada le cruzó la cara. Aquel paraje no podía ser más apropiado.

Unos diez metros más adelante distinguió la pequeña y sobria iglesia. El conductor del jeep, Rashid, descendió el primero, y luego lo hicieron Madison y todos los demás. Bajo el inclemente sol del mediodía, tuvo que ponerse una mano como visera para que el resplandor no la cegara.

«Bien, ya estoy en África», suspiró.

Nadie salió a recibir a los recién llegados. Rashid, adivinando lo que pensarían al respecto, se apresuró:

—En estos momentos todos están ocupados, tanto con los niños como con las mujeres y los adultos jóvenes. Pero pronto será la hora de comer y se presentarán como es debido.

Madison miró al hombre que les había servido de chofer. Era alto, delgado y su tez oscura se veía lustrosa a la luz del sol. Su rostro era muy agradable, y se expresaba con mucha soltura.

La joven y sus acompañantes, otros dos hombres y una mujer, se sorprendieron gratamente al comprobar que las habitaciones para los voluntarios eran espaciaosas y limpias y tenían lo indispensable para una estancia cómoda.

El calor era agobiante, y sus compañeros no tardaron en quejarse de él, pero ella se dispuso a ignorarlo. No había ido ahí a pasarla bien.

—Hola, bienvenidos todos. —Una joven de rasgos muy agradables y que derrochaba entusiasmo los saludó cuando llegaron al comedor—. Mi nombre es Monique, y soy la enfermera de la misión. Mark, nuestro jefe, está un poco ocupado, pero seguramente esta tarde tendrán oportunidad de conocerlo.

La enfermera aclaró que Berger era algo así como el líder laico de la comunidad, pues la misión estaba a cargo del padre Edson Freitas, con el apoyo de las hermanas Rosamund y Sandra. Agregó que más tarde indicarían a cada uno de los recién llegados las labores diarias que deberían realizar.

—Pero, por el momento, disfrutemos de la comida. —Les dedicó una amplia sonrisa.

Por su acento, dedujeron que era francesa. A Madison le agradó de inmediato.

El ambiente se volvió más distendido cuando les presentaron a los demás miembros de la misión que ya llevaban algunas semanas, o incluso meses, ahí. El padre Edson resultó ser un hombre afable y muy bromista, y todos se sintieron identificados con él de inmediato.

Luego, pidieron a los recién llegados que se presentaran.

Michael y Tina, canadienses, empresarios, sin hijos, hiperactivos y aventureros; Georg, austriaco, maestro de literatura en año sabático, y Madison, estadounidense, periodista remisa dispuesta a explorar otras posibilidades.

Todos eran muy amables y pronto se vieron envueltos en el ambiente de camaradería que disfrutaban los integrantes más antiguos. Madison seguía a la expectativa de cuáles serían sus obligaciones. No es que estuviera ansiosa por iniciar, en realidad, en esos momentos casi todo le daba igual. Lo único que quería era mantenerse ocupada, especialmente en algo diametralmente opuesto a lo que había venido haciendo.

Después de la comida les mostraron el resto de las instalaciones: una habitación pequeña y limpia equipada con lo más indispensable para hacer de dispensario médico y un pequeño almacén que también funcionaba como oficina.

Caía la tarde cuando en un vehículo todoterreno arribó el jefe de la misión, Mark Berger. A los nuevos voluntarios ya les habían hablado de él, sabían que era un pediatra inglés que llevaba varios años trabajando en África, no era muy sociable y no le importaba provocar una buena impresión; a veces podía ser un poco estricto y en otras duro, pero era eficiente, y con los nativos solía ser muy bueno, especialmente con los niños. Alto, delgado pero fibroso, su piel tostada por el sol, era evidente que estaba más que adaptado a las inclemencias del clima.

Saludó a todos con un simple «bienvenidos» y una muy leve inclinación de cabeza, y solo sobre Madison su mirada se demoró dos segundos más que con el resto. Como buena periodista, ella inmediatamente pudo leer en esos ojos azules que no le agradaba nada al líder de la misión.

Capítulo 2

Cualquiera diría que es increíble que casi dos meses después de haber llegado a África la puesta de sol siga sorprendiéndome.

Pero lo hace; estoy sentada aquí, ante la inmensa sabana, mientras el sol desciende sobre el horizonte, y la gama de rojos, anaranjados y dorados que cubre el cielo y el paisaje me parece tan hermosa que me roba el aliento.

Me enfoco más que de costumbre en la belleza salvaje y casi irreal del crepúsculo porque necesito olvidar las tensiones y los sinsabores del día: el calor, la escasez de agua, las limitaciones, las carencias de todo tipo de satisfactores que en Occidente son completamente cotidianos, tanto, que a veces incluso los damos por sentado sin estar plenamente conscientes de ellos. Pero, sobre todo, quisiera olvidarme de Mark.

Ese hombre me está volviendo loca. Cuando lo conocí hace casi dos meses, al llegar aquí, pensé que su hostilidad inicial se disiparía tan pronto me conociera bien; tal vez lo juzgué mal, o quizá sobreestimé mi encanto natural. Nunca había tenido problema para agradar a las personas.

Si ya tenía dudas sobre la pertinencia de mi estancia aquí, su rudeza me hace cuestionarme si estoy en el lugar correcto.

Hoy estuvo particularmente irritante; cuestionó todos y cada uno de mis actos, prácticamente nunca está de acuerdo con nada de lo que digo o hago.

No necesito reflexionar mucho para darme cuenta de que así ha sido desde que llegué. Pero al menos parece que ya me estoy ganando la confianza de los nativos. Los niños son especialmente receptivos a aprender cosas nuevas, y las mujeres son amables y se esfuerzan por entender nuestro rudimentario lenguaje de señas.

Debo decir que estoy confundida; los turkana son muy inteligentes, receptivos, e incluso amables cuando uno logra vencer su natural recelo a los extraños. Pero las condiciones en que viven, en estos remotos parajes que parecieran olvidados de la mano de Dios, no me parecen acordes con su intelecto.

Se supone que nosotros hemos venido a cambiar eso, a ayudarlos a tener educación para los pequeños, enseñar oficios a los adultos, así como hábitos de salud e higiene. Es difícil competir contra siglos de tradiciones y creencias nativas, pero estoy convencida de que, poco a poco, se puede lograr. Antes de mí, antes de todos los que conformamos este grupo, ha habido otros que han abierto la brecha, que han dado su trabajo, su tiempo, su vida, por ayudar, por hacer una importantísima labor para que estas personas mejoren su calidad de vida. Además, también nosotros estamos aprendiendo de ellos.

Al escuchar un ruido tras ella, Madison cerró repentinamente el cuaderno en el cual escribía sus

notas al término de cada jornada, y se volvió hacia atrás. Monique, la carismática enfermera francesa, se acercaba a ella y había delatado su presencia al pisar un arbusto seco.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo, sonriendo, antes de sentarse junto a Madison.

—Suri me dijo que mañana irás a la ciudad. —La joven norteamericana le devolvió la sonrisa.

—Sí, ¿deseas que te traiga algo?

Madison dijo que le hubiera gustado ir con ella, pero se había comprometido con los niños a enseñarles una nueva canción occidental al día siguiente, así que le dio a Monique una pequeña lista con cosas que necesitaba.

—Esto es hermoso, ¿no es cierto? —La enfermera señaló al horizonte, donde el sol estaba a punto de desaparecer, y suspiró extasiada.

—Podría quedarme así por siempre —murmuró la otra mujer, más para sí misma que para su interlocutora.

—Sí, pero el ocaso no dura para siempre —replicó Monique, poniéndose de pie—. Es hora de regresar.

La otra joven la imitó y ambas volvieron al campamento en silencio, gozando de los últimos destellos de luz del día y preparándose para otra noche en la sabana.

Walter, Alice y Janika preparaban la cena.

—Monique, por favor, no olvides traer café mañana —le dijo Janika, en su inglés salpicado por su fuerte acento noruego.

—Por supuesto que no. —La enfermera rio con entusiasmo—. No soportaríamos el mal humor de Mark si no toma su café matutino.

—¿Si no toma su café matutino? —Walter parecía asombrado, pero en realidad estaba divertido—. Mark está siempre de mal humor, tome o no tome café por la mañana.

—No sean injustos con él —intervino el padre Edson—. Mark no siempre está de mal humor; solo lo está por las mañanas, por las tardes y por las noches.

Todos empezaron a reír a carcajadas. Ese sacerdote de aspecto juvenil y actitud despreocupada siempre se las arreglaba para hacerles olvidar los pequeños sinsabores de la jornada con sus hilarantes comentarios.

—Con los niños es muy diferente, con ellos nunca está de mal humor —opinó Alice cuando las risas se apagaron.

Todos asintieron en silencio. Madison pensó que tenía razón; el hosco Mark Berger se transformaba en el hombre más simpático y risueño con los niños de la aldea. Se había sorprendido varias veces observándolo mientras jugaba con los chicos, les enseñaba nuevas palabras en inglés y les regalaba golosinas que traía de la ciudad especialmente para ellos. Entonces se instalaba en ese rostro tostado por el sol una sonrisa amplia y serena, que casi no mostraba en ninguna otra situación.

—Por cierto, ¿dónde está? —Walter interrumpió los pensamientos de Madison al preguntar por el paradero Berger, quien, extrañamente, no se había presentado a cenar.

Todos se encogieron de hombros. Terminaron de cenar charlando sobre cosas intrascendentes y luego se fueron a dormir.

Capítulo 3

Al llegar aquí y ver a los nativos con sus breves atuendos de piel, pensé que sería una gran idea traer ropa para ellos; ahora no estoy tan segura, pues han rechazado casi toda. Los niños parecen un poco más dispuestos a probarse las prendas que son para ellos, pero las usan por unos instantes y luego las dejan esparcidas por el suelo.

Imagino que se preguntan cómo es que nosotros soportamos traer tantas prendas encima, deben creer que estamos locos. A veces, cuando el calor me agobia, quisiera enredar sobre mis hombros un trozo de tela suave, fresca y colorida, y dejar que caiga hasta mis piernas, sin usar nada más. Pero tal vez no podría acostumbrarme a ello.

Me conformo con usar shorts de safari y blusas de algodón.

Hoy los niños estuvieron muy participativos en la clase. Rami, sobre todo; me parece muy despierta, es una niña muy curiosa y se interesa por todo lo que digo. No soy maestra, nunca pensé que podría llegar a serlo, pero Mark pensó que esa era una labor que yo podría desempeñar más fácilmente por mi profesión.

Enseñar a leer y escribir a niños africanos que jamás han tenido contacto con la lectoescritura se parece muy poco al periodismo. Y si a eso agregamos que ellos hablan un dialecto que desconozco, y su inglés es muy rudimentario, la tarea se hace mucho más difícil. Pero, aunque a veces puede ser frustrante, en este momento me parece mucho más reconfortante que mi profesión.

Supe desde muy joven que quería ser periodista; mi padre decía que yo era una idealista, y siempre me animó a llevar a cabo todo lo que fuera necesario para realizar mis sueños. Y tenía razón: yo creía, inocentemente, que a través de mis artículos y reportajes podría contribuir a cambiar al mundo, a hacerlo un lugar mejor. Me llevó cinco años y hondas decepciones darme cuenta de que las cosas no eran como las había imaginado.

Madison miró su reloj de pulsera; eran poco después de las siete. Sus intestinos hicieron un ruido delator y recordó que casi no había comido en todo el día. Ekwee, uno de los niños más pequeños de la aldea, se había puesto enfermo, y al ver que no reaccionaba al tratamiento que Monique le había administrado, decidieron llevarlo a la ciudad. Madison los acompañó.

Habían regresado hacía apenas una hora, luego de que Ekwee fuera atendido en el hospital del distrito de Marsabit. El chico ya estaba mucho mejor y casi no mostraba indicios de haber estado enfermo hacía tan solo unas horas.

Madison sonrió, aliviada, tenía que reconocer que se había encariñado mucho con esos pequeños; eran dulces y alegres, y muy dispuestos a aprender.

Un repentino toque en su hombro la hizo dar un salto y volverse.

—¡Por Dios, Mark! ¿Es que no puedes avisar que has llegado? —le recriminó, tratando de no parecer molesta.

El recién llegado exhibió su típica expresión de piedra.

—No era mi intención asustarte. Es hora de regresar —dijo bruscamente, mientras echaba un vistazo a la libreta de notas que la joven tenía sobre las piernas.

La chica se puso de pie con rapidez y le siguió el paso. Le hubiera gustado contemplar un poco más el paisaje, pero no quería discutir con Mark, al menos, no esa noche. El padre Edson había notado la tensión entre ellos dos y sugirió a Madison ser paciente y tolerante con Mark. Ignoraba que también había pedido al médico que fuera más amable con la joven.

—Querida, olvidaste que te tocaba preparar la cena hoy —le espetó Walter sin ningún atisbo de reproche tan pronto la vio llegar, mientras meneaba una olla con sopa que, por cierto, olía delicioso.

—¡Rayos, lo olvidé! Discúlpame, Walter, yo prepararé la cena durante dos noches seguidas, te lo prometo. —Y puso su mejor cara de chantaje.

Aquel sonrió satisfecho y se dispuso a servir la sopa, pero Madison se le adelantó, dispuesta a enmendarse de inmediato.

—Ve a sentarte, anda —le dijo a aquel atractivo arquitecto australiano que, por supuesto, no estaba molesto.

Walter era un hombre de lo más afable y Madison le había tomado afecto en el poco tiempo que tenían de conocerse porque siempre estaba en la mejor disposición de ayudar a los demás y siempre hacía gala de muy buen humor.

A pesar de haber tenido un día difícil, Monique estaba muy alegre, charlando con todos y diciéndoles lo entusiasmada que estaba porque un grupo de médicos de diferentes especialidades llegaría en unas tres semanas para una serie de jornadas de salud en las que ella esperaba participar muy activamente.

—Donarán anteojos a quienes los necesiten, y también harán algunas cirugías relativamente sencillas —declaró, muy excitada, mientras degustaba la deliciosa sopa que Walter había preparado.

—A mí también me gustaría participar —afirmó Madison, contagiada del entusiasmo de la enfermera.

Mark la miró con seriedad, pero no dijo nada. Sabía que todas las manos que pudieran ayudar en una jornada como aquella eran bienvenidas, pero no creía en el espíritu samaritano de la periodista.

Sabía que era un tanto injusto con ella, pues por muy duras que fueran las tareas que se le asignaran, ella las hacía sin rechistar. Pero Nunca le habían gustado los periodistas, y tener a uno en su campamento era algo que le incomodaba sobremanera.

—Pues te aseguro que nos serás de gran ayuda. Esta jornada será muy importante, espero convencer al equipo para que vengan periódicamente e, incluso, para que nos ayuden a montar una

pequeña clínica aquí —agregó la enfermera.

Walter, Alice, Rashid y Monique se enfrascaron en una entusiasta discusión sobre las probabilidades de materializar el proyecto de la enfermera, mientras Madison y Mark continuaron cenando en silencio. Ella estaba demasiado cansada, incluso para hablar, y el segundo solo se dedicaba a observar.

Ella notó la mirada que Berger le dirigió cuando expresó su deseo de ayudar en la jornada médica, y estaba segura de que no lo aprobaba.

Por enésima vez se preguntó por qué no le agradaba. Ella lo admiraba y apoyaba su iniciativa y, sin embargo, él la había desairado desde el principio. Había notado que parecía particularmente molesto cuando la veía escribiendo sus notas, mas no entendía la razón, pues eso siempre lo hacía en sus ratos de descanso, después de terminar todas sus labores como voluntaria.

Berger fue el primero en terminar de cenar y se despidió de todos con un parco «buenas noches».

Para resarcir a Walter, la periodista lavó y acomodó todos los platos y guardó todos los enseres de la cena; mientras, todos se fueron a dormir, excepto Monique, quien se ofreció a ayudarle con esas labores.

Capítulo 4

Sentía que su sangre hervía y que su piel se incendiaría en cualquier momento. Miró al horizonte y pudo ver las nubes de vapor que ascendían desde el terreno seco e inhóspito y que inducían a una ilusión óptica acuosa.

Su short de safari y el top de tirantes cubría solo lo necesario y, aun así, parecía que su cuerpo estallaría en combustión espontánea. El sudor corría copiosamente por su frente, sus mejillas, su cuello, pero no era suficiente darle un poco de alivio.

Los niños, por el contrario, parecían cómodos y contentos, mientras repasaban la letra de una sencilla canción de cuna. Al menos eso estaba saliendo bien, se sentía motivada al percatarse de la gran capacidad de retención de los chicos, muchos de los cuales podían entablar conversaciones en un inglés muy básico. Aquello les entusiasmaba, podía constatarlo en sus ojos chispeantes y sus caritas sonrientes que le contagiaban su alegría.

A la hora de la comida, todos los voluntarios tenían tanto calor que ninguno sentía deseos de hablar siquiera, así que tomaron sus alimentos casi en total silencio.

A la norteamericana le hubiera gustado seguir trabajando con los niños, pero estaba exhausta y, sin proponérselo, se quedó dormida tan pronto terminó de comer. Cuando despertó, descubrió con sorpresa que eran alrededor de las cinco de la tarde.

«Bien, ya tuve suficiente de este calor horrible» pensó, y tomó el camino al lago Turkana.

Monique la vio y le preguntó a dónde iba.

—Voy al lago a darme un chapuzón. ¿Quieres acompañarme?

La enfermera sonrió como una niña y, de un saltito, emprendió la marcha para alcanzar a la reportera.

—Este día ha sido infernal —dijo en voz baja, como si temiera enfurecer más al dios del clima.

—A veces me pregunto cómo estas personas pueden adaptarse a esto —opinó la joven francesa.

Sabía que Madison era una chica acostumbrada a la buena vida en la capital estadounidense ya que, a pesar de que sus padres no eran ricos, se desenvolvían en un círculo privilegiado, y estaba segura de que, a pesar de resentir de forma terrible el clima inclemente, estaba cómoda en donde se encontraba, al menos en el aspecto anímico. Se preguntó qué habría traído a una chica como ella a esa parte del mundo, inhóspita, hostil incluso.

Llegaron al lago y se introdujeron en una parte relativamente baja en la que normalmente no

había muchos peces, y donde solían nadar un poco a veces.

La temperatura del agua no era precisamente fresca, pero logró calmar su ansiedad.

Volvieron a la misión y, cuando se pusieron ropas secas, las mujeres de la tribu hicieron una llamativa danza. A Madison le resultaba curiosa la forma en que se movían, la flexibilidad de sus cuerpos que se contoneaban al son de improvisadas percusiones. Tenía que admitir que le parecían hermosas, a pesar de que, meses atrás, seguramente —le avergonzaba admitirlo— no habría pensado lo mismo.

Dos de ellas, Suri y Nará, vieron a las dos extranjeras que admiraban el baile y les hicieron señas para que se unieran. No tenían idea de cómo hacerlo, pero no dudaron en sumarse a aquella manifestación de alegría. Alice salió instantes después y, al ver lo divertidas que parecían sus compañeras, decidió participar también.

Sin proponérselo, Madison se dejó llevar por el golpeteo rítmico de los rústicos tambores y el contoneo de los cuerpos. Como en un sueño rememoró los bailes de gala de los políticos y de los magnates de la capital. En esos eventos todo era elegancia, glamur... y falsedad e hipocresía.

Al principio le encantaba asistir a las elegantes cenas y los bailes de ensueño que ofrecían los congresistas y otros políticos. Le fascinaba usar vaporosos y sugestivos vestidos de gala y joyas preciosas que resaltaban su fina piel blanca y el verde oliva de sus ojos.

Poco a poco, sin embargo, fue dándose cuenta de las finas redes de engaño e intriga que se tejían en esos cónclaves. Todos buscaban algo, todos querían algo, y todos estaban en contra o a favor de alguien según sus intereses particulares.

Pronto se sintió asqueada de toda esa falsedad, pero su trabajo la forzaba a asistir con frecuencia a ese tipo de reuniones.

La algarabía de aquella fiesta improvisada se extendió por toda la misión, y poco después Walter y Rashid salieron de la oficina para presenciar el alboroto. Rashid se limitó a sonreír, siempre le había hecho gracia la forma en que los extranjeros trataban de integrarse a las comunidades nativas, pero Walter estalló en aplausos, silbidos y «¡hurra!» desbordantes.

Hasta las hermanas Rosamund y Sandra aplaudían con entusiasmo.

Solo Mark, que en ese momento llegaba de Marsabit junto con el padre Edson, pareció no contagiarse de aquel entusiasmo. Se apeó de su vehículo, se paró junto a Walter y se quedó mirando la colorida danza en silencio.

A pesar de ello, el arquitecto no se amilanó y siguió aplaudiendo y vitoreando a esas damas que derrochaban alegría. Pero por mucho que tratara de parecer contrariado, Mark fue sorprendido con un amago de sonrisa en los labios que trató de ocultar inútilmente.

Walter se preguntó por qué Berger estaría molesto últimamente. Ciertamente no solía ser una castañuela, pero desde unas semanas atrás se mostraba más arisco y reservado que de costumbre. Antes daba muestras de un retorcido pero inteligente sentido del humor, y a últimas fechas parecía molesto por alguna razón desconocida.

Cuando aquel baile casi místico llegó a su fin, las mujeres nativas se dispersaron. Antes,

Monique y Madison les recordaron, ayudadas por Suri, que hablaba un poco de inglés, que al día siguiente tendrían una charla sobre salud femenina.

Las mujeres ya estaban familiarizadas con el término, pues aquella no era la primera misión de voluntarios que llegaba para tratar de mejorar sus condiciones de vida, pero se empeñaban en aprender, a pesar de lo difícil que resultaba muchas veces poner en práctica los consejos que les daban, no por falta de voluntad, sino por las condiciones de vida. Mantenían sus costumbres ancestrales respecto a todas sus actividades, y la modernidad penetraba lenta y trabajosamente en esos lugares.

A pesar de ello, dijeron que acudirían a la plática.

—Han estado estupendas —les dijo un eufórico Walter—. Les aseguró que este video se hará viral en segundos —remató, riendo, mientras les mostraba su teléfono móvil.

—Entonces te cobraremos regalías —replicó la enfermera, y el otro dejó de reír.

—O te demandaremos por utilizar nuestra imagen sin consentimiento —añadió Madison con falsa seriedad.

—Estaba bromeando, chicas, de verdad —aclaró, como si en verdad creyera que pudieran hacer eso.

Las chicas empezaron a reír y él hizo lo mismo, mientras Mark solo los observaba.

«Aguafiestas» pensó la reportera, pero continuó riendo, decidida a que ese amargado médico inglés no arruinara los escasos momentos de diversión que disfrutaban. Si sonriera un poco más, pensó, si fuera más amable, se vería muy guapo.

Todos se dirigieron a la oficina. Por la postura de Mark supusieron que no tenían buenas noticias. Fue el sacerdote quien habló:

—La próxima semana no podremos ir por víveres —informó—. Hubo un problema con la liberación de fondos, una cuestión administrativa que no viene al caso y que tampoco es tan complicada, gracias a Dios. El caso es que tendremos que esperar unos días hasta que los autoricen. Como ustedes saben, la situación con los recursos económicos siempre es complicada. Así que tendremos que optimizar aún más lo que tenemos actualmente, sobre todo los alimentos.

El silencio se hizo solo por un instante, hasta que Madison intervino:

—Bueno, tal vez estaremos escasos de frutas y vegetales, pero tenemos mucho pescado. Eso no será problema.

Todos los demás se miraron entre sí por un instante. Estuvieron de acuerdo con la estadounidense: si algo tenían de sobra era pescado, gracias al lago. Los turkana han venido desarrollando el arte de la pesca en los últimos años y se había convertido en una importante actividad para ellos.

Mark posó en ella sus ojos azules. La mujer tenía razón, aunque nunca pensó que una sugerencia tal pudiera provenir de la mimada reportera norteamericana.

—Es cierto —replicó Walter—. No tendremos que preocuparnos por falta de proteína.

—No tenemos que preocuparnos por esas cosas —intervino Alice—. Estas personas comen a

lo largo de un año mucho menos de lo que nosotros consumimos en unos cuantos meses. Creo que podemos adaptarnos.

Todos asintieron, y Mark expresó con un amago de sonrisa su satisfacción por la buena disposición de sus colaboradores. Sabía que podía contar con ellos, siempre lo había sabido, pero íntimamente temía que Madison les contagiara un sentido de inconformidad ante las duras condiciones en que tenían que desenvolverse.

Había investigado un poco sobre ella, sabía que pertenecía a una familia trabajadora pero acomodada de Washington, y que gracias a algunas amistades influyentes de su padre la joven había podido colocarse como reportera en un prestigioso diario tan pronto salió de la universidad.

Aquello no hacía sino reforzar la imagen que tenía de ella: sabía que a muchos periodistas podía llevarles años lograr un puesto permanente, incluso siquiera que les dieran la oportunidad de ser practicantes sin sueldo, y esa chica lo había obtenido con una simple llamada de su papi.

—¿En verdad estás dispuesta a comer solo pescado durante días?

Madison, que se hallaba acomodando unos medicamentos que les habían llegado el día anterior, se volvió a ver a Mark.

—Comemos pescado con demasiada frecuencia. ¿Qué tiene de extraordinario?

—No lo sé —respondió él—. Pensé que podría llegar a hartarte.

Ella continuó con lo que estaba haciendo, sin prestar importancia a las palabras de ese hombre.

—Hay cosas mucho peores que comer pescado todos los días —murmuró.

En contra de su voluntad, el médico se vio picado por la curiosidad.

—¿Sí? ¿Como cuáles?

Madison era inquisitiva, su misma profesión así lo requería, pero no le gustaba demasiado hablar de sí misma, sobre todo cuando suponía que su interlocutor tenía la intención de criticarla.

—No tener nada que comer —respondió, clavándole la mirada.

El hombre no pudo evitar un gesto de extrañeza. ¿Acaso Madison Claire Hemsley alguna vez había padecido hambre? Le estaba tomando el pelo, pero tuvo que reconocer la sagacidad de la joven.

La observó mientras ella, dándole la espalda, colocaba los medicamentos en una pequeña vitrina. ¿Qué hacía una persona como ella, criada en los suburbios de Washington en el seno de una familia a la que no hacía falta nada, en la inhóspita sabana sufriendo temperaturas infernales, incomodidades y frustraciones?

Mark temía que su propósito fuera hacer un reportaje sobre el trabajo del voluntariado, o quizá sobre la penetración de las costumbres occidentales entre las tribus nativas, pero ella jamás había mencionado nada al respecto e, incluso, en su solicitud como voluntaria había anotado «desempleada» en donde debía indicar su ocupación.

A Monique en alguna ocasión le había comentado de forma casual que había dejado el periodismo, al menos de forma temporal, sin embargo, Mark dudaba de ello.

Alguna vez, hacía varios años, un periodista le había dicho, mientras conversaban casualmente en una reunión informal en Londres, que el periodismo es como una adicción.

«Te envuelve, te atrapa. Es algo que no puedes dejar. Tal vez sea la adrenalina» le había dicho.

Había escuchado una explicación similar en diferentes ocasiones y no creía que Madison fuera diferente.

No quería que ella hiciera un reportaje sobre el voluntariado ni sobre los nativos; no necesitaban que Occidente viera un artículo más sobre las condiciones extremas en que viven la mayoría de las tribus en África, sobre cómo los niños tienen que asumir labores de adultos y cómo mueren de hambre o de sed, muchas veces abandonados a su suerte. No necesitaban una compasión vacía, cinco minutos de atención y luego años de olvido. Ya habían pasado por eso muchas veces.

Lo que en realidad se necesitaba eran personas comprometidas, capaces y entregadas, que no le tuvieran miedo al trabajo duro y no se amedrentaran ante el calor, los animales o la renuencia de los nativos.

En ese aspecto, tenía que admitir que ella se había adaptado bien: no se quejaba, y siempre estaba dispuesta a colaborar. Pero era periodista, y no confiaba en ella.

Capítulo 5

—¡Uf! Nunca pensé que ser enfermera fuera tan extenuante —exclamó Madison mientras se dejaba caer sobre el trozo de un tronco seco que hacía de silla.

Monique se sentó a su lado en un taburete, igualmente agotada. Pensó que si Madie alguna vez asistiera a una de esas complicadas cirugías que podían durar hasta ocho o diez horas terminaría muerta.

Desde muy temprano habían acudido a ayudar a los médicos, que en ese primer día de labores habían brindado consultas para evaluar la salud de los turkana: dentistas, dermatólogos, oftalmólogos, médicos generales, ginecólogas y cirujanos habían revisado a decenas de niños y adultos. La jornada había resultado extenuante.

Después de años de recibir ayuda humanitaria y de la intensa labor de voluntarios y misioneros, los turkana ya estaban acostumbrados a ese tipo de situaciones y no temían acudir con el médico; bueno, al menos, no la mayoría. Los niños miraban con curiosidad y expectación las camisas blancas y los aditamentos de los médicos, y algunos adultos se negaban a someterse a ciertas revisiones, pero, en general, aceptaban bien la atención.

Monique y Madison se habían unido al escaso cuerpo de enfermeras y habían tenido que trabajar muchísimo.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, ambas exhalaban fuertemente, curvaron sus espaldas y, posando los codos sobre las rodillas, reposaron la cara en las manos. Guardaron silencio, mirando a la nada, como si incluso hablar les requiriera un enorme esfuerzo.

La hermana Lilia, una monja colombiana que había llegado junto con los integrantes de la jornada médica, llegó instantes después, pero no se sentó.

—Señoritas —les dijo con el mismo entusiasmo que había mostrado por la mañana—, es hora de preparar la cena.

Las otras dos mujeres se deshicieron en lamentaciones y quejas; estaban exhaustas.

Tina, Janika y Alice tuvieron piedad de ellas.

—Nosotras haremos la cena —ofreció la primera.

—Eres un amor —le dijo Monique.

Madison estuvo de acuerdo, pero solo tuvo fuerzas para esbozar una sonrisa.

Todos los demás se ocuparon en la cena o en otras labores y dejaron solas a las bellas

enfermeras.

Madie se había quedado mirando a Alice y a Janika cuando se dirigían a la cocina.

Se preguntaba qué hacía en ese lugar cada uno de sus compañeros, le intrigaba saber qué los había motivado a viajar a ese lugar inhóspito y alejado de la civilización, le hubiera gustado conocer cuáles eran las circunstancias particulares que habían llevado a cada uno de ellos al lugar en donde se encontraban, pero la mujer noruega llamaba en particular su atención. Era muy agradable, pero hablaba poco, y casi no sonreía.

Sin embargo, notaba que le gustaba mucho trabajar con los niños.

—¿Conoces desde hace tiempo a Janika? —interrogó a su compañera.

—Estuvo con nosotros el año pasado, pero creo que ha venido desde al año anterior —explicó la francesa.

—¿Qué la habrá traído aquí? —La pregunta saltó de su boca como si solo pretendiera decírsela para sí misma.

—Bueno, Janika no habla mucho...

—Sí, ya lo he notado.

—Walter me contó que perdió a su hijo de once años en un terrible accidente. Al parecer Janika se sumió en la depresión y más tarde se divorció. Creo que vino aquí para alejarse de todo eso. — Monique hablaba en un susurro, pero su voz traslucía la tristeza que le provocaba la tragedia de su compañera.

Madison sintió un nudo en la garganta. Aún no sabía lo que era ser madre, pero había escuchado muchas veces que el dolor más terrible que puede experimentar una mujer es perder a un hijo, y no podía siquiera imaginar lo que habría sufrido aquella mujer de aspecto triste que contrastaba con su complexión fuerte y su 1.70 metros de estatura.

Comprendió por qué era tan buena con los niños. Seguramente en muchos de ellos veía algo de su pequeño hijo que había partido. Al verla tan alta y fuerte, jamás habría sospechado lo que había detrás de esos ojos acuosos. Sintió de pronto una enorme simpatía por ella.

Sin saber muy bien por qué recordó a Rebeca, su hermana, y el nudo en su garganta se hizo más ajustado. Se había marchado a África muy molesta con ella, pero la extrañaba a rabiar.

Hasta antes de aquella pelea absurda, Reb era su mejor amiga, su confidente, la persona a quien podía contarle prácticamente todo.

Después de decirse tantas cosas una a la otra, no tardó en recapacitar y admitir que aquel pleito había sido estúpido. Madison se consideraba muy prudente a la hora de emitir juicios, pero a veces, solo a veces y sin saber cómo ni por qué, su lengua le jugaba malas pasadas, y decía cosas que se escuchaban de una forma completamente distinta a lo que ella deseaba expresar en realidad. Y ofendía a las personas. Sin querer. Eso le había ocurrido con Rebeca.

—Creo que hubieras podido continuar con tus estudios y habrías sido una muy exitosa odontóloga si no te hubieras precipitado en casarte con Gerard —le había dicho, sin la menor intención de lastimarla.

Pero Rebeca sintió que la estaba criticando.

—¿Acaso crees que fui una tonta por casarme con Gerard? —le espetó, sulfurada.

Trató de explicarle que no era eso lo que había querido decir, pero la discusión fue escalando hasta que el tono subió al rojo vivo, y se dijeron cosas horribles, se hicieron reproches por cosas que ni siquiera sentían, y hasta sacaron a relucir cosas del pasado que, ambas creían, ya estaban enterradas y olvidadas.

Madison se marchó furiosa y Rebeca se quedó indignada y ofendida. No habían vuelto a hablar desde entonces, y Madie temía que aquella brecha que había surgido entre ambas se ensanchara más y más con el paso del tiempo.

Capítulo 6

Una rama seca delató a Walter, que se acercaba con sigilo a Mark. No pretendía sobresaltarlo, solo que lo vio tan embebido en la contemplación del paisaje que no quiso distraerlo.

El médico se volvió a Walter y le sonrió; el arquitecto se sentó junto a él. Era uno de esos muy escasos momentos en los que Mark no solo estaba sin hacer absolutamente nada, sino que además aparecía tranquilo, en paz consigo mismo y con el mundo.

—Hermosa tarde, ¿verdad? —señaló el recién llegado.

—Muy hermosa, en verdad —suspiró el otro.

Walter pensó que Mark lucía extrañamente satisfecho, y se preguntó a qué se debería esa actitud, ajena a ese eterno inconforme.

Conocía a Berger desde hacía seis años y sabía que siempre había algo que deseaba cambiar o combatir.

—Ha sido un día duro —comentó.

El pediatra volvió a suspirar.

—Sí, lo ha sido, pero muy productivo también.

Bien, a eso se debía su buen humor, pensó. Si algo odiaba el inglés eran el tiempo y el talento desperdiciados.

—¿Dónde están los demás? —preguntó sin mayor interés el jefe de la misión.

—Están con los niños.

Guardaron silencio por un instante, mientras contemplaban la sobrecogedora belleza del ocaso.

—Walter.

—¿Sí?

Mark parecía dudar, y eso se sumaba a la lista de actitudes extrañas que estaba mostrando esa tarde.

—¿Has visto que Madison suele escribir en sus ratos libres?

—Sí, lo he visto.

—¿Qué crees que escribe?

—Ella dice que es algo así como un diario personal con sus impresiones de la misión, los nativos y la vida como voluntaria.

«Exactamente lo que me temía» se dijo Berger, furioso. Su acompañante lo supo porque su

rostro se puso rojo y sus facciones se tensaron.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar.

—Un diario personal. ¿Crees que sea cierto?

El australiano se encogió de hombros.

—Sí, lo creo. ¿Tú no?

—Es periodista, es lógico pensar que está escribiendo un artículo.

—Bueno, si así fuera, no tendría nada de malo y tampoco tendría por qué ocultarlo. Sin embargo, no creo que sea así. Madie dice que dejó el periodismo, al menos por un tiempo.

—Sí, eso dice ella, pero yo no le creo.

—Yo pienso que dice la verdad —la defendió Walter—. Parece muy decepcionada de todo eso.

—¿Te ha dicho por qué lo abandonó? Si es que realmente lo dejó.

Walter negó la cabeza luego de hacer recuento mental.

—Bueno, no habló de los detalles, solo dijo que no le habían permitido publicar una historia muy importante debido a intereses sucios. No dijo más, pero pareciera que se sentía traicionada. Al parecer el periodismo no era lo que ella esperaba.

Mark pensó que aquello debió ser muy duro para una joven ambiciosa, acostumbrada a obtener todo lo que deseaba, pero no lo dijo y se limitó a preguntar:

—¿Es por eso vino a África?

—Supongo que sí —admitió el australiano.

Ignoraba si la opinión que el jefe de la misión tenía de Madie había cambiado con lo que le había dicho. Se preguntaba por qué Mark le tenía tan mala voluntad a esa joven dulce y trabajadora, pero nunca se había detenido a preguntárselo. Decidió que era el momento de despejar esa duda, después de todo, Mark siempre había demostrado ser bueno y ecuánime, a pesar de su talante serio. Si Madie no le agradaba, debía tener una buena razón. Tal vez el instinto de Berger estaba más desarrollado y había detectado algo que pudiera pasar desapercibido para los demás.

—¿Por qué no te gusta Madison?

A pesar de no esperar semejante pregunta, y de todo lo que implicaban las posibles respuestas, a Mark le dieron ganas de sonreír.

—No es que no me guste. Es muy agradable y tiene mucha disposición. Es solo que no confío en ella.

Entonces fue Walter quien sintió deseos de sonreír. Mark Berger había admitido que Madison era agradable. Ya Monique le había hecho ver en dos o tres ocasiones que el jefe solía mirar a la chica norteamericana con mucha frecuencia, especialmente cuando creía que nadie se daría cuenta, y que algo en su mirada había cambiado, ahora parecía más atenta, más dulce y posesiva a la vez. Al menos eso opinaba la enfermera, y él, alentado por ella, notó que tenía razón después de observarlo un poco mejor.

«Bueno, las mujeres entienden de esas cosas» sonrió al pensar en ello.

—¿Por ser periodista? ¿Qué tienes en contra de ellos?

El médico respiró hondo antes de responder:

—Son capaces de cualquier cosa.

Walter pensó que era muy probable que Mark estuviera en lo correcto, pero estaba casi seguro de que Madie no era así.

Tampoco podía negarle la razón al desconfiar de sus colegas. Sabía que años atrás la prensa casi había destruido la carrera de la exesposa de Mark al ensañarse con ella por una acusación de negligencia.

Los medios de comunicación prácticamente invadieron sus vidas, no los dejaban en paz. Desmenuzaron hasta su juventud, tratando de encontrar otros «pecados» para dar gusto al público que seguía la historia con avidez a la espera de más detalles morbosos.

Ruby, la entonces esposa de Mark, se vio obligada a dejar su puesto en el hospital. Él siguió trabajando, pero pronto la presión se hizo insoportable y también debió renunciar. Era horrible ser vigilado de esa manera, estar bajo la lupa todo el tiempo. Hasta su hijo, Kevin, había sido acosado por los reporteros.

Tener a Madison en la misión le hacía recordar esa terrible sensación de ser observado, aunque era consciente de que ella no le prestaba especial atención. Y esa era otra cosa que, muy íntimamente, le molestaba. No admitiría ni siquiera para sí mismo lo frustrado que se sentía al saberse ignorado por esa mujer. Se sentía doblemente molesto. ¿Desde cuándo pretendía su interés?

Al ver que Mark no parecía dispuesto a seguir hablando, Walter se puso en pie.

—Estoy seguro de que puedes estar tranquilo —le dijo antes de emprender el camino hacia la misión—. Tengo un don especial para conocer a las personas, y Madie es una chica íntegra. No hará nada que perjudique nuestro trabajo.

Mark tardó unos segundos en seguirlo.

«Espero que tengas razón» pensó.

—Debemos acostarnos temprano —dijo la hermana Lilia a Monique y Madison mientras cenaban—. Mañana será un día de mucho trabajo, al igual que hoy.

—Sí, lo sabemos —asintió la primera.

El grupo había instalado un laboratorio clínico para realizar exámenes de diagnóstico a los turkana, y la toma de muestras empezaría muy temprano.

A pesar del cansancio, Madison estaba entusiasmada. Había descubierto que le gustaba sentirse útil mientras hacía de enfermera. Además, la labor médica le estaba resultando de lo más interesante. Por un instante consideró que le hubiera gustado estudiar Medicina en lugar de Periodismo. Pensó con tristeza que ya era tarde para eso: ya no era una jovencita, tenía

veintinueve años, estaba desempleada y sus perspectivas, al momento, eran más bien nebulosas.

Alzó la vista de su plato y se topó directamente con los ojos de Mark, que la miraban con curiosidad y, por una vez, sin desdén, o eso creyó. Como médico, Mark había colaborado estrechamente en esa primera jornada de consultas y diagnósticos, y en varias ocasiones, a lo largo del día, la joven tuvo que volverse al sentir el peso de su mirada sobre ella.

No se había molestado en preguntarse el porqué de aquellas insistentes miradas, hasta ese instante. Aunque quiso volverse a otro lado no pudo dejar de mirarlo. Creyó que él había sonreído, pero luego adoptó su expresión seria de siempre y volvió la mirada a su plato.

«No puede ablandarme, no debe ablandarme. Es una espía, un mercenario a la caza de una historia», se dijo Mark mientras se revolvía en el estrecho colchón de su cama.

«No importa qué tan duro trabaje, no importa su aparente disposición. Es una reportera, no tiene piedad, solo busca una historia, y a la hora de exponerla será despiadada, escudada en la falsa excusa de la ética y la objetividad», se repetía.

Cerró los ojos, frustrado, pero en su mente bailaba la imagen de Madison corriendo de un lado a otro, ayudando a los médicos y a las enfermeras en todo lo que podía, convenciendo a los niños de dejarse examinar, sentando a los pacientes, apoyándolos para darles confianza y seguridad, pasando a los médicos abatelenguas, torundas, baumanómetros, termómetros...

La veía hacer, enfundada en sus pequeños shorts color caqui que dejaban ver sus piernas firmes y delgadas; vistiendo una ceñida camiseta de tirantes y unos zapatos de safari difícilmente podía pasar por enfermera, pero alguien le había prestado una pequeña bata blanca que contrastaba con su bella melena color café oscuro, y entró de lleno en el papel.

A Mark solo lo había asistido en una o dos ocasiones, y él prácticamente la había ignorado. A ella no le importaba, ya estaba acostumbrada. Pero él lo había hecho a propósito, no podía prestarle tanta atención, tenía otras prioridades.

Recordó cómo había convencido a varios pequeños de dejarse evaluar, a pesar de desconocer su dialecto, pero se las había arreglado con gestos, y lo había hecho muy bien. Los niños la amaban...

Claro, los niños son ingenuos, no tienen dobleces ni segundas intenciones. Pero él no iba a dejarse embaucar por aquella joven engañosamente frágil, por mucho que empezara a atraerle.

Capítulo 7

—Parece que necesitan unas vacaciones. —Janika parecía divertida al ver a sus compañeras al borde del colapso.

—Acepto tu propuesta —asintió Monique con voz cansada.

Madison ni siquiera respondió. Esas dos semanas resultaron de vértigo. Para su fortuna, las jornadas médicas habían concluido y, aunque ambas estaban muy satisfechas con los resultados y con su propia labor personal, admitieron que necesitaban un buen descanso.

—Han sido unas colaboradoras extraordinarias —dijo el doctor Sean Pearson, quien era jefe del grupo.

—Ha sido un verdadero placer —respondió la norteamericana, recuperando el brío por un instante.

En verdad, había resultado una experiencia extraordinaria, y la chica supo que no la olvidaría en lo que le quedara de vida. Pocas veces se había sentido tan satisfecha, tan completa y plena como al ayudar a esos médicos a resolver los problemas de salud de esas personas que, de otra manera, habrían tenido que vivir con ellos por el resto de sus vidas.

Al principio pensó que no soportaría la visión de la sangre, de la carne viva o de las vísceras, pero descubrió que era más resistente de lo que pensaba. Le resultaba interesante, incluso, por no decir fascinante, el poder ver el interior de una persona, sus órganos. Se sintió en contacto directo con el milagro de la vida, como presenciar en primera fila la maravilla de la ingeniería biológica.

Quedó con ganas de más, y se sorprendió a sí misma al pensarlo con claridad.

—Es una pena que no hayamos podido concretar el proyecto de la clínica —intervino Monique, tras un breve silencio.

—Sí, es una pena —admitió Pearson—. Pero estoy seguro de que, con las gestiones del doctor Berger y las nuestras, muy pronto lograremos que nuestros patrocinadores nos den el apoyo necesario para instalar una pequeña pero bien equipada clínica aquí mismo.

Continuaron charlando sobre el proyecto y sus posibilidades, así como de lo que esperaba a los médicos y a las enfermeras del grupo una vez que regresaran a sus hogares.

Madison sabía de una clínica móvil que brindaba sus servicios entre las misiones de Nariokotome y Loarengak, pero estaba consciente de las ventajas de tener instalaciones fijas y bien equipadas. Aquello sería asombroso si llegara a concretarse, pues la distancia hasta Marsabit

era considerable en caso de una emergencia, ni qué decir de las dificultades de transporte.

Para sorpresa de todos, el doctor Pearson sacó tres botellas de vino blanco espumoso del refrigerador que se hallaba en la cocina de la misión y empezó a servirlo. Hubo exclamaciones de placer aquí y allá. A Madison le brillaron los ojos; solía beber poco, pero en aquellos momentos, y después de tantas semanas de limitaciones, pensó en el vino como en un elíxir.

—Por una colaboración extraordinaria —brindó Pearson.

—Por la medicina —dijo Monique.

—Por África —señaló el doctor Duchovny.

—Por el voluntariado —brindó otro médico.

—Por los turkana —alzó Madison su vaso.

—¡Por los turkana! —respondieron todos.

Esa noche se fueron a la cama mucho más tarde que de costumbre, queriendo alargar la velada y aplazar la despedida de aquellos médicos y enfermeras que se habían convertido en entrañables amigos.

Estaba exhausta, y apenas eran las dos de la tarde. No lo admitiría abiertamente, pero le estaba costando mucho adaptarse a ese calor agobiante. Pensó que lo mejor sería ir a beber algo fresco a la oficina.

Tomó una botella de agua y, tras dar un buen trago, se roció un poco sobre el rostro y el pecho.

El sonido de ruedas sobre la tierra seca la distrajo y se dirigió a la puerta, esperando recibir a Monique y a Alice, que habían ido a Nairobi a despedir a los médicos que habían realizado las jornadas de atención y cirugías.

Pero no, no se trataba de sus compañeras de campamento, era muy pronto para que estuvieran de vuelta. No reconoció el vehículo, así que salió y se acercó con cautela.

Las puertas del lujoso vehículo todoterreno se abrieron y salieron tres sujetos altos, muy bien parecidos y vestidos de safari, acompañados de un cuarto hombre, evidentemente nativo, que vestía igual que sus acompañantes.

Madison iba a preguntarles si podía ayudarlos, cuando su corazón dio un vuelco al reconocer a uno de ellos. Era Víctor, su exprometido.

—¿Madison? —exclamó él al verla.

Compuso su maravillosa sonrisa de triunfador y se dirigió a ella con la evidente intención de darle un abrazo.

—Esperaba encontrarte aquí —le dejó ir con entusiasmo desbordante.

Ella no compartía su algarabía, pero supuso que podía ser civilizada; después de todo, había sido ella quien rompió su compromiso cuando la boda era un hecho inminente.

—Trabajo en el campamento del doctor Mark Berger —explicó con evidente desazón, sin saber

qué más decir.

—Sí, lo sé. Es fantástico. He leído sobre su labor en esta parte de África. ¡Caramba, estás preciosa! —La admiró de arriba abajo.

Ella se sonrojó, pero no dijo nada.

No le molestaba verlo porque estuviera enojada con él. Pero había ido hasta esa remota parte del mundo tratando de encontrar algo que, sentía, no iba a encontrar en su casa, y tenía la sensación de que su exnovio interfería con ese propósito.

Además, tenía que admitirlo, aún estaba avergonzada y molesta por la forma en que habían terminado las cosas entre ellos. Sin ninguna explicación ella le había dicho que no podía casarse con él. Víctor le suplicó que le dijera sus razones, fueran cuales fueran, pero ella simplemente dijo que no podía casarse con él.

—Y, ¿qué hacen por aquí? —cuestionó, para tratar de romper el incómodo silencio que se había posado entre ellos.

Los acompañantes de Víctor ya se encontraban junto a él y la miraban con suma curiosidad.

—Nos dirigimos al lago Nakuru, pero decidimos detenernos a descansar en la misión. Es un largo camino hasta allá —explicó Víctor.

Al ver que sus amigos miraban a Madison como si fuera un espécimen de laboratorio se dirigió a ellos:

—Amigos, les presento a Madison Hemsley, una excelente periodista. Y, hasta hace poco, mi prometida.

Lo último lo dijo sin afán de reproche, pero su mirada fija la incomodó todavía más. Solo Víctor podía ser tan fresco a la hora de hacer una presentación como aquella. Las miradas de sus compañeros se volvieron todavía más inquisitivas sobre la pobre mujer.

—Madison, ellos son Ed, Lee, Herbert y Mosho.

—Es un placer conocerlos —dijo ella, abochornada.

Su blanco rostro había adquirido un tono púrpura, y Víctor pensó que estaba preciosa.

—¿Así que ibas a casarte con este sujeto? —inquirió Ed, en tono bromista.

Madison se negó a responder y solo pudo esbozar una sonrisa falsa.

Mark llegó en ese momento, proveniente de la ciudad, a donde había ido por algunos medicamentos que había solicitado hacía unas semanas. Al ver a los recién llegados puso su característica cara de pocos amigos.

«Oh, no», pensó Madison. Aquello solo podía empeorar.

—Caballeros —saludó con fría cortesía al acercarse.

—Usted debe ser el doctor Berger —lo abordó Víctor, sin ambages, alargándole la mano—. He leído mucho sobre la labor que está llevando a cabo aquí, y creo que es estupendo, lo admiramos mucho.

El médico le dirigió una mirada inquisitiva.

—Lo siento, doctor, mi nombre es Víctor Richards. Ellos son mis amigos, Herb, Ed, Lee y

Mosho.

Mark los saludó a todos.

—Veo que ya conocieron a la señorita Hemsley.

—Madison y yo somos viejos amigos, ¿verdad, Madie? —Y posó un brazo sobre los hombros femeninos, para gran desazón de la chica.

Mark la miró con expresión de hielo, y les hizo un ademán para que entraran a la pequeña oficina.

—Supongo que pasarán la noche aquí. Es tarde para que continúen su camino —les dijo Walter cuando terminaron de comer.

Mosho explicó que la idea era llegar ese mismo día al Parque Nacional del lago Nakuru, pero dado que la parada en la misión se había prolongado, sería mejor dejarlo para el día siguiente.

Víctor había estado muy parlanchín durante la cena, haciendo muchas preguntas y explicando que había decidido hacer un viaje por África como una aventura no solo de recorrido sino de autoconocimiento.

Al decir aquello miró fijamente a Madison, lo que no pasó inadvertido a nadie. Mark siguió su mirada y la posó sobre el rostro de la joven, que se había puesto encarnado, mientras ella trataba de ocultarlo, en vano, fijando sus profundos ojos verdes en su plato vacío. A su bochorno se sumaba la molestia por el cinismo de su exnovio. «Autoconocimiento». Lo que antes veía como seguridad en sí mismo, ahora le parecía un narcicismo patético.

Mark estaba intrigado; estaba convencido de que Madison podía ser muchas cosas excepto tímida; sin embargo, ante Víctor parecía no solo cohibida sino exasperada, prácticamente no le había hablado durante toda la velada, excepto cuando él le hacía alguna pregunta u observación, y parecía ansiosa por terminar la cena y desaparecer de la vista de todos.

Cuando por fin pudo retirarse a su tienda, exhaló, como si durante todo el día hubiera estado conteniendo el aliento. ¡Aquello era tan frustrante!

Era duro, pero tenía que admitir que Víctor no era el único culpable. Si bien era cierto que su decepción había empezado a gestarse al darse cuenta de cómo su exprometido se hallaba inmerso en el juego de doble moral en el que ambos se desenvolvían, ella compartía la responsabilidad por haber sido tan ingenua.

Víctor era un exitoso abogado, y se sentía muy cómodo con el papel que desempeñaba en el mundo. Madison era una periodista con un futuro promisorio, y todo parecía indicar que eran la pareja ideal.

Pero no era así, y ella lo descubrió casi demasiado tarde. Había sido lo suficientemente ilusa como para creer que el cuento de hadas con su final de «y vivieron felices para siempre» en verdad existía, y la realidad la había golpeado en el rostro con toda su dureza.

Luego de una de las tantas discusiones que había tenido con Arnett respecto a la publicación de su historia, aquel le había pedido que ambos se olvidaran de eso por un instante y le dio otra encomienda: le pidió que fuera a entrevistarse con el jefe de un sindicato de mecánicos de aviación que pensaban irse a huelga.

Claro que era solo una treta para distraerla, pero ella también necesitaba apartar a su jefe de la absurda idea de impedirle publicar su historia. Accedió de mala gana y se dirigió a un bar en una callejuela que a ella jamás se le habría ocurrido frecuentar.

El sitio no era tan lóbrego por dentro como por fuera, en realidad se respiraba una atmósfera confortable e íntima y la música era bastante agradable. «No me sentará mal tomar una copa aquí» consideró, barriendo el lugar con la mirada. No vio al sujeto que buscaba y decidió adentrarse hacia un pequeño reservado, apartado del salón principal por una puerta de madera bellamente tallada.

La luz en ese pequeño salón era aún más tenue que en el resto del lugar, y con esfuerzo descubrió que su entrevistado tampoco se encontraba ahí. Al fondo había tres mesas junto a la pared, y en cada una de ellas estaban sendas parejas.

Entonces lo vio. Medio oculto por una planta, Víctor se hallaba en una de esas mesas, acompañado por una mujer. A ella no podía verla porque la planta la cubría casi por completo, pero entonces la mujer se inclinó hacia donde estaba Víctor, tan solo para pegarse a su cuerpo y acercar sus labios de una manera que no dejaba lugar a dudas sobre la naturaleza de su relación.

Se quedó paralizada. Se vio a sí misma corriendo hacia ellos y reclamando a gritos, pero seguía clavada en el mismo lugar, viendo cómo su prometido, el hombre con quien planeaba pasar el resto de su vida, besaba apasionadamente a aquella rubia de formas voluptuosas.

Tuvo la lucidez de discernir que no era una cualquiera; por su elegante traje sastre quizá se tratara de una colega de Víctor.

No supo cómo sus piernas obedecieron la orden de girar y marcharse de ahí. Sin ser muy consciente de sus movimientos tomó un taxi y se dirigió a su departamento. Se sentó en el sofá, pensando en lo que había visto, sintiendo que en realidad no era ella quien había visto esa escena repulsiva y quien había tenido que tragarse las inmensas ganas de gritar. Tuvo la sensación de haber salido de su cuerpo y ser otra persona. Aquello no podía estar pasándole, no a ella, a la chica de la vida perfecta y el futuro luminoso.

Ni siquiera podía llorar. Tuvo la idea fugaz de llamar a Nancy, su mejor amiga después de Rebeca, pero la contuvo una idea: había creído ciegamente en la felicidad perfecta, en el hombre ideal, y seguramente Nancy se lo estrellaría en la cara. Se dio cuenta de que nunca se le había ocurrido, nunca había pasado por su mente la idea de que Víctor pudiera serle infiel.

No es que creyera que era la mujer más hermosa, la más sensual y deseada; simplemente la había dominado la lógica de que ella era y siempre sería fiel bajo cualquier circunstancia, y asumía que, por ende, Víctor también lo era. Lo había medido con su misma vara, y ¡cómo se había equivocado!

A pesar de todos esos pensamientos no podía llorar; tenía un nudo en la garganta, pero la incredulidad impedía que las lágrimas acudieran a sus ojos. Entre todos los sentimientos encontrados que la agobiaban, reconoció uno con dolorosa certeza: vergüenza, una vergüenza íntima y lacerante por haber sido tan estúpida.

Fue cerca del alba que pudo conciliar el sueño, vencida por el cansancio y la pena. Apagó su móvil después de avisar en el diario que no iría a trabajar porque estaba enferma. No tuvo tiempo de apenarse por la mentira, porque un poco más tarde, al revivir en su mente las escenas de la noche anterior, un torrente imparable de lágrimas invadió sus mejillas. La tristeza dio paso a la rabia y, como siempre sus emociones afectaban sus entrañas, tuvo que acudir varias veces al sanitario a volver el estómago, a pesar de que no había comido nada desde la tarde anterior. Nunca se había sentido tan furiosa consigo misma.

Por si aquello no fuera bastante, desde hacía unas semanas empezaba a incubarse la idea de que el periodismo no era lo que ella había imaginado, un medio para cambiar al mundo, sino un instrumento viciado para servir a oscuros intereses de poder. Y, de alguna manera, Víctor era parte de todo eso.

¿Cuántas veces le había comentado casos en los que sus clientes eran evidentemente culpables y, sin embargo, él había hecho todo lo posible para que fueran exonerados?

Víctor defendía a capa y espada la ambigua premisa de que «todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario». Al principio compartía esa idea, pero al adentrarse de la mano de su entonces prometido en el mundo de las leyes y su retorcida aplicación, su concepto sobre la presunción de inocencia había cambiado.

La joven ya estaba bastante confundida y presionada con sus problemas profesionales, como para, encima, tener que abrir los ojos ante la cómoda doble moral del hombre con el que pensaba pasar el resto de sus días. Y lo más doloroso era darse cuenta de que esa doble moral no se limitaba al plano profesional, ahora sabía que él aplicaba ese principio también en su vida cotidiana. Seguramente su conciencia estaba tranquila: mientras Madison no supiera que él le era infiel, todo estaba bien.

Llevaba algunas semanas preparando una historia acerca de un grupo de senadores que habían recibido un jugoso soborno para aprobar una ley que favorecía muy particularmente a una de las corporaciones energéticas más poderosas del país. Tenía todos los cabos atados, los testimonios, las fechas, los datos coincidían, pero le faltaban ciertas evidencias concretas e innegables.

Estaba muy cerca de conseguirlas con una de sus fuentes en el congreso que, si bien no estaba movida por la moral o la necesidad de hacer lo correcto, sí sentía una particular animadversión hacia el líder de aquellos representantes corruptos, cuando Howard Arnett, el director del diario para el que trabajaba, le ordenó que dejara todo como estaba y se olvidara de esa historia.

La chica argumentó, peleó y hasta suplicó para que Arnett cambiara de opinión, pero aquel se mantuvo firme: tenía que olvidarse de ese tema para siempre si no quería meter al diario en un problema del que sería muy difícil salir y que, incluso, podría costarles a ambos su empleo.

—Madie, no te preocupes. Hay otras historias —le había dicho.

—Yo no quiero otra historia, quiero *esta* historia.

No tenía que repetirle que había trabajado mucho en ella, había invertido muchas horas, citas clandestinas, el miedo latente de sentirse perseguida y observada; Howard ya lo sabía. Y ella sabía que estaba ante la historia de su carrera, al menos hasta entonces.

Volvió al trabajo, dispuesta a dejar las vísceras en la oficina de Arnett con tal de obtener su anuencia. Si lo de Víctor había salido mal, si sentía que estaba perdiendo a su hermana, su última esperanza era ver en letras impresas su reportaje para sentir que al menos algo en su vida estaba saliendo bien. Pero el silencio de su jefe acalló sus expectativas: no iba a ceder, y su relato no vería la luz.

—Lo siento, Madie —se limitó a decir.

La frustración inicial dio paso a la ira. Le negativa del director solo podía significar una de dos cosas: o los involucrados habían amenazado al diario, después de todo eran personas influyentes y poderosas; o, habían comprado su silencio. No sabía cuál de las dos le hacía sentir más rabia e impotencia.

Salió de la oficina del director a toda prisa, tratando de contener las lágrimas, y solo tuvo tiempo de tomar su bolso de su escritorio antes de salir corriendo del edificio.

Por la tarde, Arnett estuvo llamando a su móvil sin respuesta alguna. Entendía perfectamente sus sentimientos y su reacción, y quería decirle que se tomara unos días para descansar y calmarse. Ella no tenía ánimo para hablarle y él, finalmente, decidió enviarle un mensaje. Madison no respondió, pero no se presentó a trabajar al día siguiente.

Capítulo 8

La luz del alba la sorprendió con los ojos abiertos, casi no había podido dormir recordando aquellas cosas. Nunca había pretendido ignorarlas o enterrarlas en el pasado, pero todo era demasiado reciente y todavía tenía muchas cosas que asimilar.

Se levantó, dispuesta a iniciar sus labores del día; pensó que sería la primera, pero la sorprendió ver a Walter y a Monique prestos preparando el desayuno. Estaban muy cerca el uno del otro y hablaban en voz muy baja, no como si temieran despertar a los demás, sino en un gesto que a la periodista le pareció de profunda intimidad. Se quedó solo unos segundos mirándolos sin que ellos la vieran, e iba a acercarse cuando Walter posó una de sus manos sobre la cintura de la enfermera y ella continuó como si nada. Aquello fue muy desconcertante, pues Madie sabía que el arquitecto estaba casado, y aunque su esposa estaba en Australia, él hablaba de ella con frecuencia.

Aún no conocía demasiado bien a ninguno de sus compañeros en la misión, pero Monique y Walter le simpatizaban mucho, y si ambos accedían a tener una aventura extramarital, aquello, en definitiva, disminuía bastante la buena opinión que tenía de ellos. Aunque sabía que no tenía ningún derecho a juzgarlos, no pudo evitar que aquello la desilusionara.

Hizo ruido de forma deliberada para que los otros se percataran de su presencia; sin embargo, Walter y Monique actuaron con su naturalidad de siempre y, tras deseárselo buenos días con entusiasmo, le preguntaron si le apetecía desayunar. El café olía delicioso y decidió que no iba a arruinar su buena relación con esas personas por una suposición, así que aceptó la invitación y se sentó a acompañarlos.

El aroma del café debió despertar a Mark, quien apareció fuera de su tienda, listo para emprender las labores de un nuevo día, aunque con su expresión huraña de siempre.

—Buenos días —saludó parcamente.

Madison le devolvió el saludo, pero no lo miró. Se había percatado de las inquisitivas miradas que el médico le había dirigido la noche anterior ante los reveladores comentarios de Víctor, y no le agradaba que él tuviera tantos detalles de su vida. No era particularmente celosa de su vida personal, pero estaba segura de que él aprovecharía cualquier información para juzgarla y reprobarla como siempre lo hacía.

Además, había dormido mal, y eso la ponía siempre de mal humor. A pesar de las duras

condiciones de vida en aquel lugar, Mark no había visto a Madison verdaderamente molesta. Pero esa mañana, al parecer, había algo que nublaba su ánimo, y mucho.

Él también había tenido algunas dificultades para conciliar el sueño. Esa mujer, en cuyos afanes filantrópicos no terminaba de confiar, resultaba cada vez más enigmática e interesante. ¿Por qué había ido a África? ¿Qué estaba buscando? ¿Quién era ese tal Víctor y por qué ella parecía tan incómoda en su presencia?

No se dio cuenta de que la miraba fijamente hasta que ella dejó de comer, lo miró molesta y, en tono cortante, le preguntó:

—¿Qué?

—¿Disculpa? —le preguntó, desconcertado.

—Has estado mirándome fijamente desde hace más de un minuto. ¿Qué me ves?

Estaba acorralado. Tenía dos opciones: fingir demencia y negar que la miraba, o admitir que sentía curiosidad por su reacción de la noche anterior. No le gustaba mentir, así que se inclinó por la sinceridad. Se lo dijo abiertamente, y remató con la pregunta que ella temía que cualquiera ahí, pero especialmente Mark Berger, le hiciera:

—¿Quién es Víctor?

Pensó responderle que era un amigo de la familia, que lo conocía desde hacía mucho, que era un abogado exitoso, pero decidió ser sincera, al menos en parte. Soltó el aire antes de responder:

—Es mi exprometido.

—¿Ibas a casarte con ese tipo? —La expresión seria de Mark no varió al cuestionarla.

Al menos no había sarcasmo en sus palabras. Ella volvió a su plato, aunque había perdido el apetito. Walter y Monique observaban la escena, intrigados y divertidos.

—Sí —suspiró—, iba a casarme con ese tipo.

Por lo que había escuchado el día anterior, Mark dedujo que no había sido Víctor quien había roto el compromiso. Ahora sentía aún más curiosidad. Víctor era simpático y podía reconocer que también era bien parecido, suponía que tenía éxito en su profesión y lucía muy seguro de sí mismo. Exactamente la clase de hombre que muchas mujeres desearían tener. ¿Por qué ella no? Habrían formado la pareja ideal: él, el estereotipo americano del éxito; ella, joven, hermosa y con un futuro prometedor.

No esperaba que él preguntara qué había pasado, y no lo hizo. Pero Monique no resistió la curiosidad.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué rompieron el compromiso?

Madison se ruborizó; sabía que muchos de sus amigos y conocidos la habían juzgado inmadura y hasta tonta por dejar ir a un hombre como Víctor. Pero no quería hablar de sus razones para haberlo hecho.

—Me di cuenta de que no es el hombre con quien quiero compartir el resto de mi vida —explicó.

—No te sientas mal —la consoló Walter—. Estoy seguro de que casi todos sentimos pánico

cuando se acerca la hora.

Pero ella no había entrado en pánico, estaba muy segura de querer casarse con él hasta poco antes de descubrir su traición. Porque estaba dispuesta a zanjar con él sus diferencias sobre ética y moral profesionales, pero no podía perdonar la infidelidad. Sin embargo, no se molestó en aclarar el punto, porque no iba a hacer ninguna otra concesión sobre su vida privada. Sus amigos y Mark podían pensar lo que quisieran.

Había ido a África porque estaba confundida, traicionada y dolida, pero no lo admitiría ante nadie. Al principio la decepción profesional era su excusa, el pretexto perfecto para alejarse y despejar su mente, pero estaba descubriendo que aquel lugar, a miles de kilómetros de distancia de su hogar, le estaba regalando unas respuestas muy reveladoras sobre sí misma.

Cuando anunció su propósito, Katie, su madre, no estaba convencida del todo, y en varias ocasiones intentó disuadirla de viajar a África, pero ella estaba decidida.

Tal vez el periodismo no era para ella, quizá la idea que tenía de esa profesión era demasiado romántica. Estaba asqueada de tanta mentira y manipulaciones, de descubrir que tras algo corrupto había algo aún más podrido. Cuando Sarah Boss, una amiga de su madre y miembro de la Comunidad Misionera de San Pablo le dijo que estaba a punto de salir en una misión a África, apenas lo pensó dos veces.

Si bien no era católica practicante como sus padres, se identificaba con las causas humanitarias. Aquella era la oportunidad perfecta para calmar esa inquietud, hasta ese momento vaga e incierta, de ayudar al prójimo, y a la vez para poner distancia entre ella y todas esas cosas que la habían enfrentado a la sucia realidad.

En Kenia la realidad quizá no era sucia, pero sí difícil y cruel. A pesar del trabajo de otros tantos misioneros y voluntarios a lo largo de los años aún había muchos rezagos, muchas cosas por hacer. Se había ayudado a muchas personas para que aprendieran a leer y a escribir, para que aprendieran oficios, rudimentos de higiene y salud, de civilidad, pero, con cada nueva generación, el trabajo volvía a empezar.

«Al ver a estas personas y las condiciones en que viven, me doy cuenta de que en Occidente somos muy egoístas. Solo pensamos en nosotros mismos, en nuestra satisfacción, en el bienestar y en el placer del momento. Y no nos importa cómo conseguirlo. Solo lo queremos. Ya. Estas personas tienen que trabajar; tienen que luchar arduamente por un vaso de agua, por un trozo de comida, por un lugar en la comunidad. Muchas veces nos quejamos amargamente por cosas que, aseguramos, nos hacen falta, sin darnos cuenta de que son cosas superfluas, por completo prescindibles. Aquí, los niños ni siquiera saben lo que es una televisión; se maravillan al ver un teléfono inteligente, sonríen extasiados al escuchar la música o las imágenes que emanan de ellos. Pero me parece que nosotros estamos como dormidos, anestesiados, mientras ellos conocen el verdadero significado de la vida» fue un de los primeros apuntes que Madie hizo al llegar ahí.

Tuvo que admitir que, en realidad, no tenía idea de lo que encontraría en aquel continente lejano y misterioso, y la estaba sorprendiendo.

Ni el calor, ni la falta de agua corriente, ni las duras condiciones de vida la amedrentaron. Había dudado en algunas ocasiones que pudiera resistir, pero se dijo que si los turkana podían vivir ahí como lo hacían, ella también podría hacerlo. En su fuero interno, y aunque se negaba a admitirlo, quería autocastigarse por su ingenuidad y su idealismo. Estaba enojada con Arnett, con el diario, con los políticos corruptos y con Víctor, pero estaba furiosa con ella misma, avergonzada de su candidez.

Sarah Boss le había recomendado que asistiera a las misas que ofrecían los sacerdotes misioneros en las comunidades cercanas y en la propia misión. No era especialmente devota, pero le encantaban los sermones sobre la caridad, la paciencia y el amor.

Ahora sabía que uno de sus defectos era la soberbia: se creía autosuficiente, madura, fuerte. ¡Cuánto tenía aún que aprender! Se dijo a sí misma que practicaría la paciencia y la tolerancia hasta que las dominara, y por momentos en verdad lo lograba, porque su naturaleza era dulce y se adaptaba con facilidad a los requerimientos de la vida. Lo que le costaba trabajo era aceptar que esas personas se resistieran a mejorar sus condiciones de vida, y entonces tenía que echar mano de su prudencia para no desesperar.

Una mano sobre su hombro la sacó de sus pensamientos.

—Te ves muy cansada —le dijo Monique.

Tal vez tenía razón. Aquellas remembranzas todavía la agobiaban. Se dirigió a su tienda y se recostó, dispuesta a dormir un rato antes de ir con los niños.

Capítulo 9

Quiso convencerse de que había hecho algunos progresos aquel día con los niños, que habían aprendido varias palabras nuevas y a su vez le habían enseñado algunas de su dialecto a ella.

El breve descanso que tomó después del desayuno la puso de mejor humor, y para no estropearlo se perdió deliberadamente de la comida con sus compañeros y los visitantes, que habían decidido pasar un día más en la misión.

Logró esquivar a Víctor durante toda la tarde e incluso en la cena, pero cuando se disponía a dormir él entró en su tienda.

—Hola. No te he visto en todo el día —la saludó con una seriedad extraña en él.

No esperaba que la abordara de esa manera y tampoco tenía deseos de entablar con él una plática sobre lo que había pasado entre ellos, así que decidió ser directa.

—Víctor, estoy muy cansada y tengo que levantarme muy temprano, así que...

—Solo quiero que hablemos un rato —dio un paso hacia ella.

Hablaba en tono suave, como si temiera asustarla.

—No hay nada de qué hablar —replicó ella con dureza.

—No estoy de acuerdo contigo. No me explicaste tus verdaderos motivos para romper nuestro compromiso. ¿Qué fue lo que pasó, Madison? ¿Por qué cambiaste de opinión? Sé que estabas molesta y frustrada por lo que pasó con tu reportaje, pero no tenías que desquitarte conmigo.

Iba a replicar que eso no tenía nada que ver, pero se detuvo. Claro que tenía qué ver. Lo que había pasado con el reportaje le había abierto los ojos para ver con claridad cómo se movían los hilos del poder y del dinero. Y estaba asqueada de ello.

Pero bien hubiera podido pasar por alto todo aquello si no hubiera sido por la terrible decepción que el hombre que tenía delante le había provocado.

—No hay mucho que decir. Tú y yo —se dispuso a explicar, al menos en parte— tenemos diferentes intereses, distintas formas de pensar y de actuar. Nuestros ideales son opuestos, y creo que después de casados nos costaría mucho trabajo conciliarlos.

—¿Qué significa eso? —El hombre no entendía nada.

—Tú aplicas las leyes para la conveniencia de tus clientes, no te importa si son culpables o no, solo haces tu trabajo, eso es lo que te dices a ti mismo. Te sientes cómodo con ello, y no te juzgo. Pero yo no estoy de acuerdo con esa manera de proceder. No puedo conformarme con ello

sabiendo que en muchas ocasiones no es correcto.

—¿Quieres decir que decidiste no casarte conmigo porque a veces defiendo a presuntos culpables? ¿Es eso?

—No me siento cómoda con ello, y no podría reconciliarme conmigo misma sabiendo que nuestro modo de vida se debe a ello. Pero no es solo eso, hay otras cosas.

—¿Qué cosas? ¡Explícame, por favor! Ayúdame a entender. Estábamos a unas semanas de casarnos y de pronto me dices que no puedes hacerlo. ¿Qué fue lo que pasó? —suavizó el tono de su voz al hacer la última pregunta y se acercó mucho a ella.

Madison supo lo que intentaba y dio un paso atrás.

—¿Nunca has sentido que tu vida es una farsa? —lo cuestionó—. ¿Que tus amigos no son realmente tus amigos, sino que solo quieren sacar provecho de ti y de tu posición?

Víctor la miró desconcertado. No comprendía nada de lo que ella le estaba diciendo.

—Todo es una farsa, Víctor. La justicia, las leyes, el éxito, todo. Eres exitoso mientras sigues las reglas del juego, pero si quieres hacer lo correcto...

Guardaron silencio por un instante, mirándose fijamente.

—Entonces sí es por lo de tu reportaje —asumió.

Madison suspiró y cerró los ojos; estaba cansada y no quería prolongar esa conversación, no tenía sentido hacerlo. No importaba lo que dijera Víctor, no podría convencerla de volver con él. Estaba demasiado confundida sobre su futuro, pero de eso sí estaba segura.

—Entiendo que te hayas molestado, comprendo tu frustración, pero no es motivo suficiente para cancelar nuestra boda.

Ella seguía sin responder. Él volvió a acercarse.

—No vine hasta acá solamente para explorar, Madison. Quería verte, necesitaba verte, saber qué fue lo que pasó. Y para convencerte de volver conmigo.

—No puedo —negó con la cabeza—. No pudo volver contigo, Víctor.

—¡Por el amor de Dios! Sé razonable. Tú y yo podemos ser felices juntos, somos el uno para el otro.

«¡Qué cínico eres!» le hubiera gustado restregarle en la cara. Pero no quería hablar, no podía. Sentía mucha vergüenza, y al mismo tiempo experimentaba una amarga satisfacción al ver la frustración de él por no poder averiguar el verdadero motivo de su ruptura. No tenía caso decírselo, después de todo, eso no cambiaría nada; lo hecho, hecho estaba, y ella no iba a perdonarlo.

—Tal vez tú podrías ser feliz, pero yo no. Por favor, no insistas. Piensa que estoy confundida, que estoy pasando por una crisis personal, lo que quieras.

—¿Por eso viniste a África?

No respondió. Ambos guardaron silencio durante un instante que pareció interminable. Por fin, Víctor lo rompió.

—No te entiendo. De verdad. Dices que hay otras cosas, pero no quieres decírmelas.

La mujer persistió en su silencio. Él estaba molesto, lo sabía, pero no podía hacer nada. Por un instante fugaz sintió un terrible remordimiento. ¿Y si estaba cometiendo un error? Después de todo, él había viajado hasta allá solo para verla y hablar con ella, para tratar de aclarar las cosas. No dudaba de que Víctor la amara, pero lo que había pasado la había sumido en profundas dudas acerca del sentido que estaba tomando su vida.

Medio oculto en la oscuridad, Mark vio a Víctor salir de los dormitorios de las mujeres. Parecía muy molesto, y el médico se preguntó, a su pesar, qué había pasado entre ellos.

Capítulo 10

—Madie, cariño. Víctor y sus amigos ya se van —escuchó a lo lejos la voz de Alice.

Despertó por completo, y por un instante pensó que no saldría a despedirse, pero no quería dar de qué hablar.

Todos estaban reunidos para decir adiós a los visitantes; hasta Mark había venido. Tuvo la sospecha de que lo movía la perversa intención de ver su reacción cuando se marchara su exprometido.

Se despidió de Herb, Lee, Ed y Mosho, y fue la última en acercarse a Víctor. Le tendió la mano y compuso una sonrisa amistosa, pero él la jaló suavemente y le dio un beso muy cerca de los labios.

Quedó completamente desconcertada, no pensó que él pudiera hacer eso, y además era muy pronto para que hubiera olvidado lo que la hacía sentir, al menos físicamente. Era un hombre muy apuesto, seguro de sí mismo y estaba muy consciente de sus atractivos. A regañadientes tuvo que reconocer que todavía le resultaba muy seductor.

Alice, Monique y Janika sonrieron maliciosamente; Walter y Rashid se miraron uno al otro, y Mark se limitó a mirarlos con expresión de hielo, darse la vuelta y marcharse.

Al menos la jornada de trabajo había resultado satisfactoria. Alice tenía bastante experiencia trabajando con niños e incluso había elaborado planes de estudios para las diferentes edades; aquello facilitaba su labor, y también la de Madison, que prácticamente era su asistente. A pesar de no tener formación como docente, la joven desarrollaba su trabajo con mucho entusiasmo y profesionalismo. La misma Alice la instruía en algunas cosas que ignoraba o que ya no recordaba, y reconocía que aprendía muy rápido.

Por la tarde, después de la comida, se hallaba muy cansada, pero tenía que lavar algo de ropa, así que tomó su cesta y se dirigió al lago. Alice la vio y decidió imitarla.

Además de estar fatigada, Madison aún se encontraba ocupada pensando en Víctor, en su compromiso, y en todo lo que había dejado atrás en su hogar, al otro lado del mundo.

—Víctor es un hombre muy atractivo —dijo Alice de pronto.

—Sí, lo es —admitió—. Pero hay cosas más importantes, si es que te estás preguntando por qué lo dejé ir.

—En realidad, sí me lo pregunto. Forman una pareja hermosa.

—Víctor es encantador, lo admito —dijo después de reflexionar un poco—. Pero me di cuenta de que somos muy diferentes.

Le dolía reconocerlo pues, si bien conocía de sobra las fallas de su exprometido, también estaba muy al tanto de sus cualidades, suficientes para conquistar a cualquier mujer.

—Me parece que se requiere mucho valor para tomar una decisión como esa.

—No sé si fui valiente. Tal vez no pensé demasiado en el impacto inmediato. La noticia fue un shock para nuestras familias y nuestros amigos. Mi madre todavía no puede creerlo.

—Es muy fácil criticar desde fuera —opinó Alice—. Yo misma me pregunto cómo pudiste dejar ir a ese hombre tan atractivo.

—Sí, pero no todo se limita a eso.

—Lo sé —admitió su compañera.

La miró. Alice era algo regordeta y de estatura promedio, su rostro dulce y de rasgos muy agradables. Madison había notado que a veces parecía muy alegre, y otras se veía retraída, como si su pensamiento estuviera a miles de kilómetros.

—¿Hace cuánto estás aquí? —le cuestionó, tanto para cambiar de tema como por la curiosidad que le provocaba.

—Llevo cuatro meses aquí. El año pasado estuve en la misión por seis meses.

—¿Qué es lo que más te gusta de todo esto?

Alice se incorporó, miró alrededor y pareció reflexionar.

—Esto —respondió.

—¿Esto? —Madison no entendía a qué se refería.

—Todo esto —señaló con la mano—. El paisaje, la sabana, el calor. El color del cielo al medio día y durante el atardecer. Todo.

Parecía extasiada al decirlo, pero Madie sintió que no le estaba diciendo todo.

—Sí, reconozco que todo esto es bellísimo, a pesar de lo inhóspito. ¿Qué te trajo aquí? —decidió ser directa.

Alice suspiró largamente. No parecía renuente a hablar, más bien daba la impresión de estar haciendo una profunda introspección.

—Sonará terrible lo que voy a decir, pero no tenía nada mejor que hacer.

—¿A qué te refieres? —La norteamericana esperaba cualquier tipo de respuesta, excepto esa.

—Trabajaba como secretaria en una oficina de gobierno. Un día, el elevador del edificio no estaba en servicio y decidí tomar las escaleras. Sufrí una terrible caída —hizo una pausa y sonrió—. No te hablaré del drama que viví durante los siguientes meses, solo te diré que estuve inmovilizada durante largo tiempo, y después duré otro tanto en rehabilitación, ya que me había destrozado parte de la cadera y toda la pierna derecha.

»Debido a las secuelas tuve que adelantar mi pensión. Nunca me casé, así que no tengo hijos, mis hermanos tienen su vida hecha desde hace mucho tiempo. Me invadió el aburrimiento... bueno, más que eso, me invadió la depresión. No sabía qué hacer con mi vida, me sentía totalmente inútil.

»Afortunadamente, una amiga me habló de todo esto, me dijo que podrían encontrar un lugar para mí, una ocupación que no requiriera demasiado esfuerzo físico. No lo pensé demasiado, después de todo, no tenía nada qué hacer. Y aquí estoy.

Lo remató, encogiéndose de hombros y con una sonrisa llena de bochorno, como si lo que acaba de relatar no tuviera importancia.

Madison estaba un tanto sorprendida, su imaginación había elaborado nefastas teorías alrededor de Alice, construyendo dramas familiares, quizá un feo divorcio, o una pérdida irreparable.

—Esto te ha hecho feliz —afirmó, por fin.

—No puedo negar que le ha dado un propósito a mi vida. Me encantan los niños, y todos estos pequeños llenan mi existencia.

—Sí, son maravillosos —asintió, mirando a lo lejos a unos chiquillos que jugaban a corretearse bajo el sol abrasador.

A la periodista le carcomía la curiosidad sobre por qué nunca se había casado y por qué no había tenido hijos, pero no quería parecer impertinente. Ya lo averiguaría en otra ocasión.

África es un continente de contrastes. Por un lado, el paisaje puede resultar inhóspito, hostil incluso a primera vista, pero cuando uno llega a acostumbrarse un poco, o por lo menos a aceptarlo, ya no lo parece tanto. Por el contrario, su belleza salvaje es sobrecogedora y llega a compensar muchas cosas.

Además, la gente es muy cálida. Nunca pensé que podría llegar a identificarme con estas personas, pero su modo de vivir tan simple, y su manera de ver la vida, tan sencilla y franca, con tanta aceptación, hace que uno se sienta culpable por sus deseos mundanos.

En cierto modo los admiro. Me parece que su conformidad con el destino que les tocó los hace ser felices en cualquier circunstancia. Los pequeños se asombran ante los teléfonos inteligentes, las tabletas y los ordenadores, pero no están enajenados, no han caído en la adicción de esos aparatos infernales que tienen a Occidente al borde del abismo moral, espiritual y social. Si bien es cierto que nosotros evitamos que tengan contacto con estas tecnologías, ellos tampoco se han dejado seducir.

Malá, uno de los hombres de mayor edad de la tribu, nos pidió expresamente que no les mostráramos nuestros aparatos. Apenas si permite que les tomemos fotografías.

A pesar de lo ocupados que estamos casi siempre, los días son largos, pero nunca tediosos. El tiempo tiene una dimensión diferente en este lugar, sin las estridentes bocinas de los automóviles, ni los ríos de gente corriendo a toda prisa por las calles para llegar a cualquier parte. La vida transcurre aquí y ahora, y creo que eso es lo que más me gusta.

—Creí que ayudarías a la hermana Lilia a hacer el informe para la Misión. —La voz seca de

Mark la sobresaltó, como casi siempre.

Cerró su cuaderno de un golpe y miró su reloj. Se sintió culpable de inmediato, pues había perdido la noción del tiempo. Siempre le pasaba eso cuando escribía. Pero Mark imprimía a sus palabras un inconfundible tono de reproche que exacerbaba ese sentimiento.

—Iré de inmediato —se excusó, sin mirarlo, y tratando de pasar a toda prisa por su lado.

—Debería reportarte por esto —la detuvo él—. En tu solicitud de voluntariado jamás dijiste que pensaras hacer un reportaje sobre todo esto, solo dijiste que querías ayudar.

Por fin decidió encararla. Sonaba molesto, pero eso no era novedad. Ella no estaba haciendo un reportaje ni nada parecido, y si así fuera, no entendía por qué lo irritaba tanto esa idea.

—No estoy haciendo un reportaje —aclaró.

—Entonces, ¿por qué siempre estás escribiendo?

—¿Acaso está prohibido? —Lo encaró con insolencia.

—No permitiré que saques provecho de estas personas. Si hubieras sido honesta desde el principio, no hubiera permitido que vinieras aquí.

—¿Provecho? ¿De qué estás hablando?

—¡Por favor, Madison! Eres periodista, hueles una historia a kilómetros y seguro piensas que escribir a detalle sobre la vida de estas personas y lo que hacemos aquí te pondría en camino de un Pulitzer. Pero estas personas no son un premio, ¿entiendes? Son seres de carne y hueso que enfrentan condiciones de vida muy duras, y nosotros tratamos de cambiar eso, no de obtener un beneficio personal.

Bien, pensó la chica, al menos estaba siendo honesto por primera vez desde que se unió a la misión, y estaba expresando lo que verdaderamente sentía. Ya no tendría que adivinar por qué siempre parecía molesto con ella.

—¡Yo no estoy tratando de obtener un beneficio personal! —se defendió.

Tuvo que reconocer para sí misma que su afirmación no era del todo cierta. Sí pretendía obtener algo para ella: tranquilidad, reconciliarse consigo misma y con sus convicciones. Deseaba la respuesta a una pregunta que venía acosándola desde hacía meses: ¿qué es lo que realmente quería hacer con su vida?

—Escucha, Mark. No estoy escribiendo un artículo o un reportaje. Esto —dijo mostrándole su libreta— no es más que un diario, un diario personal. Me gusta escribir mis impresiones del día, es todo. No pretendo compartirlo con nadie.

Por unos segundos Mark se la quedó mirando, sin decidirse a creerle.

—No me importa si lo que escribes es un artículo o un diario personal. No quiero verte escribiendo más, ¿entendiste?

Se marchó antes de que pudiera responderle. Se quedó plantada donde estaba, furiosa. Ese hombre era un verdadero troglodita. ¿De verdad creía que dejaría de escribir solo porque él se lo prohibiera?

Capítulo 11

Madison se preguntaba qué habría entre Walter y Monique. Varias veces había visto cómo se miraban, y parecían compartir una complicidad muy de ellos, en la que no cabía nadie más.

Sabía que él estaba casado y que había ido a África a apoyar algunos proyectos para crear infraestructura para los nativos. Monique, por su parte, era joven y muy bonita, y además era muy simpática.

No era nadie para juzgarlos, y el lugar en el que estaban no era el más propicio para iniciar una aventura extramarital, pero, su madre solía decir: «el diablo no duerme», y ella sabía muy bien que a veces es muy difícil resistir la tentación.

Esperaba sinceramente que su relación se limitara a una hermosa amistad, pero temía que Monique se hubiera enamorado de ese extrovertido y bien parecido australiano. Ni ella ni la esposa de Walter se merecían algo así.

Sabía lo que una infidelidad podía hacerle a un matrimonio o a una relación encaminada a él. Ella lo había vivido en carne propia. Y todavía no se reponía de aquello, era una herida que aún sangraba. Además, había visto cómo muchas parejas, amigos de sus padres, habían terminado odiándose, destrozándose unos a otros por una indiscreción de ese tipo. Odiaba eso, estaba chapada a la antigua, pensaba que el matrimonio y el amor debían ser para toda la vida.

Aquella mañana en particular parecían demasiado cariñosos el uno con el otro. Madison los miró; ambos eran excelentes elementos, caritativos, entregados, entusiastas.

Pensó que si el padre Edson o Mark se percataran de lo que para ella era casi obvio, muy posiblemente los echarían, o por lo menos los reprenderían, ya que tenía entendido que las relaciones sentimentales entre los miembros de la comunidad misionera estaban prohibidas.

No culpaba a Monique por sentirse atraída hacia aquel arquitecto bien parecido y de temperamento fácil, pero no podía ignorar el hecho de que él estaba casado.

Pese a no ser de su incumbencia, deseó que aquello fuera solo una bella amistad. No quería que su amiga saliera herida, y tampoco deseaba que Walter hiriera a su esposa de esa manera, porque estaba convencida de que las mujeres siempre terminaban por enterarse de esas cosas.

Se tumbó en la cama, aunque no pretendía dormir. Pensaba en sus amigos, en lo que pasaría si llevaran su relación más allá.

Conociendo a Mark, seguramente los echaría de la misión tan pronto se enterara, y no quería

eso. Pensó en esa regla de no permitir las relaciones sentimentales entre compañeros; era una norma sensata, lógica, encaminada a mantener el equilibrio, las relaciones cordiales, y evitar conflictos, peleas y dramas.

Era una regla prudente, pero muy difícil de cumplir. Siempre estuvo convencida de que la estrecha convivencia del día a día crea lazos muy profundos entre las personas, aun entre aquellas que, aparentemente, no tienen nada en común o entre las que parece no haber una inclinación mutua. Ella misma empezaba a sentir un fuerte apego por sus colegas, excepto por Mark. No lo odiaba, pero la forma en que le hablaba, cómo la miraba y el concepto que, estaba segura, tenía de ella, hacían que no sintiera simpatía por él. Además, su último enfrentamiento lo había pintado tal cual era: un ignorante y un cabeza dura.

Lo admiraba, sabía que era un médico notable, que había dejado una carrera promisoriosa en Inglaterra por servir al prójimo en aquel lugar olvidado de la mano de Dios. Y con los niños era maravilloso —por algo era pediatra— pero con los adultos era un verdadero dolor de cabeza, especialmente con ella.

No entendía por qué le molestaba tanto el que ella escribiera, aun cuando realmente hubiera tenido intenciones de redactar un artículo o un reportaje sobre el trabajo humanitario en esa parte de África. ¿Qué tenía de malo? Por el contrario, podría atraer nuevamente las miradas de Occidente y multiplicar la ayuda. Sin embargo, por atractiva que la idea resultara, jamás había tenido esa intención. Aún le encantaba escribir, pero necesitaba alejarse de todo, incluso de eso. Había sido totalmente honesta al decir que sus notas eran solo un diario personal, que no pensaba publicar.

Pero Mark no lo entendía. Desde su llegada se había predispuesto contra ella solo por ser periodista.

Decidió analizarlo objetivamente, como investigadora que era.

Por lo que sabía a través de sus colegas, Mark llevaba cuatro años en África. Alice le contó que se había divorciado poco antes de venir a Kenia, y tenía un hijo, Kevin, de unos nueve años, pero él casi nunca lo mencionaba.

Sonrió irónicamente al pensar que, con su talante hostil, era lógico que hubiera terminado en esa parte del mundo. Seguro era un alivio para él estar lejos de la civilización y evitar el trato con grandes grupos de personas.

Walter era quien había estado más tiempo en la misión, así que, muy probablemente, conocía más detalles de la oscura vida de ese médico malhumorado. Decidió que lo interrogaría en la primera oportunidad.

No salió de su tienda por el resto del día. Su mente había estado muy ocupada pensando en Walter y Monique, en Mark, en Howard Arnett, en Víctor.

Divagó tanto que terminó por quedarse profundamente dormida, y ni siquiera se presentó a cenar.

Capítulo 12

Una de las cosas que había sobrepasado con creces los límites de las expectativas de Madie era el poder gozar del internet en ese remoto lugar.

Pero tan pronto llegó, pudo comprobar que, a pesar de lo que hubiera esperado, había muy buena señal de teléfono celular en la misión, así como de internet. El proceso de modernización de ese bello continente continuaba día a con día, y la joven era testigo fiel de ello.

Esa mañana recibió un correo electrónico de su madre. Katie le contaba cómo les estaba yendo en la tienda; su padre había tenido una enfermedad intestinal y estuvo hospitalizado durante cuatro días, pero ya estaba mucho mejor y en casa. De manera en apariencia inocente, le comentaba que Rita Trent, hija de unos amigos muy cercanos, se casaría en tres semanas; su madre estaba feliz, y la chica, muy emocionada. También de forma que parecía casual, le decía que había visto a Víctor hacía unas semanas, y le había dicho que tenía la intención de ir de safari a África. «Sería maravilloso que ustedes dos se encontraran en aquel lugar tan apartado», escribió.

Dejó de leer. Katie se escandalizó cuando anunció que no se casaría con Víctor, y hasta dejó de hablarle por varios días al no lograr convencerla de retractarse. Confiaba casi plenamente en el instinto de su madre, y el hecho de que insistiera en que uniera su vida a la de Víctor la hacía dudar de su decisión. ¿Y si se equivocaba? ¿Si él era el hombre con el que debía estar? Sacudió la cabeza. Era un poco tarde para eso. Aunque Víctor le había dejado muy claro que estaba dispuesto a olvidarlo todo y reanudar su compromiso, ella todavía tenía muchas dudas, no solo sobre su relación, sino sobre el curso que quería dar a su vida.

El correo de su madre continuaba con la expresión de sus preocupaciones por su bienestar, por las condiciones extremas de vida, por las carencias que seguramente estaba sufriendo, y la exhortaba a reconsiderar la idea de volver a casa.

«Howard Arnett habló con tu padre, y le dijo que tu puesto está esperándote, si deseas regresar».

No regresaría, al menos no a su antiguo empleo. No estaba resentida con Howard, hasta cierto punto lo entendía, pero estaba más que decepcionada, y aún no lo superaba.

—¿Todo bien en casa? —La voz de Alice la devolvió a su lugar.

—Todo bien.

—Mark quiere verte —le dijo la maestra.

Dejó la cama y siguió a su compañera.

—¿Querías verme?

Mark, que leía una carta, se volvió a ella:

—Mañana visitaré el hospital de Marsabit. Necesito que me acompañes.

—¿Para qué? —preguntó antes de pensarlo siquiera.

Sabía que a Mark no le gustaba que cuestionaran sus órdenes y ella también detestaba hacerlo, pero le pareció tan extraña la invitación que no pudo evitarlo.

—Los niños reaccionan bien contigo. Creo que podrías ser útil.

No entendía por qué Mark podría necesitarla para tratar con los niños, él era pediatra y era bueno con los chicos. Además, sabía que el hospital poseía modernas instalaciones y personal suficiente y bien capacitado.

—Está bien —contestó, se dio la media vuelta y se marchó.

Mark no pudo apartar su mirada de ella hasta que se perdió al final del pasillo, mientras Alice y Janika veían la escena e intercambiaban miradas significativas.

Aunque había visitado el hospital en otras dos ocasiones, esa vez pudo observarlo con mayor detenimiento. Sabía que en los últimos años la infraestructura y el equipo habían mejorado mucho, y le agradó comprobar que las instalaciones estaban en muy buenas condiciones. Por un momento sintió que su corazón se encogía al pensar en los hospitales de su país, inmensos, elegantes y asépticos. Por fortuna, aquí se estaban haciendo muchas cosas buenas y se estaban logrando muchos avances.

Mark habló con el director, un nativo de nombre Gufta, que hablaba inglés de forma fluida. Era un hombre alto, delgado y muy amable, y a Madison le gustó de inmediato. Descubrió que había estudiado Medicina en Oxford y había obtenido una especialidad en Epidemiología en Londres. Ahí conoció a Mark.

La joven estaba muy interesada en todo el que el médico le decía acerca de las personas que atendían, especialmente los niños, y de los padecimientos más comunes. Le habló de las mejoras que se le habían hecho al hospital en los últimos dos años y de la contribución de Mark a la atención de los pequeños.

Estaba tan absorta en la relación del doctor Gufta, que no se percató de la forma en que Mark la miraba; por primera vez dejaba de lado su dureza y la miraba con dulzura, casi con admiración.

Si se hubiera dado cuenta, habría quedado muy desconcertada, y de seguro se preguntaría qué había cambiado. Ciertamente después de que le prohibiera escribir, Berger se había disculpado, de forma muy rudimentaria, eso sí, por su dureza y su cerrazón. Si ella decía que solo se trataba de un diario personal, trataría de confiar en ella. Pero le suplicó que fuera honesta.

«No me decepciones, por favor», le había dicho.

Algo en la forma en que lo dijo hizo que Madison sintiera un nudo en el estómago.

Pero no lo vio, todo lo demás había desaparecido y en ese momento solo existían para ella ese amable médico nativo, el hospital, y los pequeñines enfermos a los que visitarían en unos minutos.

El pabellón de pediatría era una habitación bastante amplia en la que se acomodaban con holgura unas diez camas por cada lado; más de una decena de ellas estaban ocupadas, pero la mayoría de los pacientes ni siquiera parecían estar enfermos, charlaban alegremente, jugaban y algunos, incluso, cantaban. Solo uno de los niños permanecía en silencio.

—¿De qué está enfermo? —preguntó Madison a Gufta en voz baja, señalando con la cabeza al pequeño.

—Tiene una infección estomacal muy persistente. Ha estado enfermo desde hace unas semanas, lo hemos tratado con diversos antibióticos; viene y va, pero su condición se ha deteriorado, al igual que su ánimo —explicó.

Madison se acercó a él y con gestos le preguntó qué le dolía. El chico señaló su estómago. Ella sacó del bolsillo de su short una paleta de caramelo y se la mostró, sonriendo. El chico le devolvió la sonrisa y tomó el dulce. Ella ensanchó su sonrisa y le acarició la cabeza.

Gufta y Mark observaban la escena, fascinados. Ella sintió un escalofrío al ver la expresión del jefe al mirarla; era la primera vez que le dirigía una mirada amable, y no supo cómo interpretarlo. Se ruborizó, pero trató de ocultarlo dirigiéndose precipitadamente hacia el director del hospital.

—Hacen un gran trabajo con estos niños —le dijo, intentando sonreír e ignorando por completo a Berger.

—Mucho de esto se lo debemos al doctor Berger, nos ayuda mucho con la atención de los chicos y al gestionar que tengamos más y mejores medicamentos.

Ella se volvió al aludido, quien la miraba atentamente. Mark podía exasperarla, casi sacarla de sus casillas, incluso, pero nunca la había puesto nerviosa, hasta ese instante.

Fue en ese momento que se preguntó abiertamente por qué la había llevado al hospital; ella no era enfermera, y estaba segura de que Mark pensaba que ella era la persona menos útil para él en todo el campamento.

Mark, por su parte, notó haber demorado su mirada más de lo políticamente correcto sobre aquella mujer de cabello oscuro y vivaces ojos color oliva, y decidió romper el encanto. Se irguió, puso una mano sobre el hombro del doctor Gufta y lo instó a caminar hacia el pequeño cubículo que hacía de su oficina, dejando a Madison atrás.

Irónicamente, el que Mark la ignorara hizo que se sintiera tranquila de nuevo; estaba familiarizada con su desdén, pero no sabía cómo lidiar con esa mirada fija y profunda que parecía querer leer en su interior.

Volvió con los pequeños y como pudo les hizo algunas preguntas.

Al ver que Mark se demoraba, decidió ir a la recepción. Ahí estaba una joven y muy bonita enfermera, a quien empezó a bombardear con preguntas sobre el funcionamiento del hospital, los pacientes, la atención que les brindaba, y si ya estaban familiarizados con ese tipo de

instituciones, entre otras cosas que despertaban su curiosidad.

—Es buena con los niños esta chica, Madison —dijo un sonriente doctor Gufta, sentado tras su escritorio y mirando a Mark con curiosidad.

Se conocían desde hacía algunos años, cuando fue a Londres a hacer su especialidad en Epidemiología, y nunca lo había visto mirar a una mujer como lo hacía con Madison.

—Sí, es buena con los niños —admitió Mark sin mirarlo.

—¿Por eso la trajiste?

—Sí, por eso la traje. Pienso que puede ser bueno que los anime un poco. Tiene un don especial para comunicarse con ellos.

—Entonces nos dará mucho gusto ayudarla en todo lo posible para que pueda comunicarse mejor con ellos. —Gufta parecía muy animado, y Mark se sintió exasperado al pensar que adivinaba la inquietud que la chica empezaba a provocarle.

No había querido revelar su verdadera intención, en realidad quería observarla mejor y pasar un tiempo a solas con ella.

Aunque en realidad el trayecto de la misión a Marsabit lo habían hecho en un silencio casi total. Estaba consciente de haber sido rudo con ella desde que llegó a África; estar alejado tanto tiempo de la «civilización», y la desconfianza inicial que ella le inspiraba habían endurecido aún más su capacidad de relacionarse con las personas.

Pero ahora quería mejorar su relación con esa chica, quería que su convivencia fuera más llevadera. Se decía a sí mismo que era porque deseaba averiguar si ella en verdad tenía intenciones de hacer un reportaje, pero en su fuero interno sabía que ese no era el motivo real. Madison le gustaba mucho, era inteligente, desinhibida, dulce y audaz, y parecía siempre dispuesta a hacer lo que se le pedía.

Sin que él lo deseara, es más, en contra de su propia voluntad, ella había derribado poco a poco las barreras con las que pretendía defenderse de aquella sospechosa periodista cuyos motivos para estar en ese sitio no terminaba de entender.

Sospechó que su amigo, el doctor Gufta, empezaba a formarse ciertas ideas, y decidió desviar el tema de conversación hacia asuntos relacionados con el hospital y sus necesidades.

Se entretuvieron bastante, y cuando salió de la oficina del director se dio cuenta de que ya eran más de las tres de la tarde. Moría de hambre, y seguramente Madison también.

La encontró recargada sobre el mostrador de la recepción, charlando alegremente con tres enfermeras muy amables. Reían de buena gana y se preguntó de qué estarían hablando. No debía extrañarle que Madie hubiera hecho tan buenas migas con ellas en tan poco tiempo: tenía un don natural para relacionarse con todo el mundo. Y lo que más le inquietaba era que no parecía hacerlo con doble intención.

—Buenas tardes, señoritas —saludó a todas—. Muero de hambre. ¿Vamos a comer? —añadió dirigiéndose a su compañera.

Madison aún reía de algo que había comentado una de las enfermeras, y lo miró un poco

apenada.

—Las muchachas han sido muy amables en compartir su comida conmigo. Pero te acompaño a algún lugar, si gustas.

«Esta chica no se moriría de hambre en África» pensó Mark, divertido a pesar suyo.

—Te lo agradezco. Vamos —aceptó, haciendo un ademán para que ella se adelantara.

—Adiós, chicas. Me ha dado mucho gusto conocerlas, y espero que pronto nos veamos —se despidió de las enfermeras.

—Hasta pronto, Madison.

Al cerrarse las puertas del hospital, Mark comentó:

—Por lo visto no tienes problemas para relacionarte con estas personas.

No sonaba a crítica, pero había aprendido a ser cautelosa con los comentarios de Mark.

—Son unas jóvenes muy simpáticas.

—No hablo de ellas, sino de ti —replicó Berger.

Ella metió las manos a los bolsillos de su short antes de responder:

—No, no tengo problemas para relacionarme con las personas.

«Excepto contigo», agregó en su mente.

Llegaron a un pequeño pero muy agradable restaurante cerca del hospital. Madison había comido bastante bien, pero decidió pedir un postre. Todavía no entendía por qué Mark la había llevado ahí, y sospechaba que quizá deseaba interrogarla sobre las razones por las cuales había ido a África y si realmente pensaba escribir una historia sobre la misión y todo lo que estaba haciendo.

Pero Mark se dedicó a comer, ella nunca lo había visto hacerlo con tan buen apetito, y por una vez se sintió cómoda en su presencia mientras admiraba por el ventanal las calles limpias y bien ordenadas de esa pequeña metrópoli en medio del desierto.

—Me gusta África —dijo de pronto, y solo en ese momento se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Efectivamente, no necesita pensarlo mucho para darse cuenta de que aquel lugar le agradaba mucho: se sentía cómoda, útil, sin presiones ni prisas, sin convencionalismos sociales absurdos; había encontrado buenas personas que, como ella, querían ayudar, y amaba a los niños.

Mark levantó la mirada de su plato y la clavó en los ojos de la chica.

—Es evidente —afirmó.

Nuevamente sus palabras estaban teñidas de una seriedad carente de sarcasmo, y eso la desconcertó. ¿Sería que por fin empezaba a ganarse el respeto de ese médico irascible?

—Honestamente —volvió a hablar Mark—, no creí que te adaptaras a este lugar.

—Lo sé —replicó ella.

—¿Por qué viniste hasta aquí? —La pregunta la tomó por sorpresa, aunque siempre había temido que alguien se la hiciera.

No quería hablar con él sobre eso, no podía explicarle todas sus razones, no a Mark. No tendría

por qué importarle lo que él pensara de ella, pero... últimamente la miraba de una manera tan penetrante que Madie se había sorprendido varias veces quedándose dormida con esos ojos azules y profundos como último pensamiento lúcido.

Miró la calle a través del ventanal y suspiró. No tenía caso seguir ocultándose de ese hombre, por mucho que no le gustara hablar de sí misma, de sus sentimientos y sinsabores.

—Necesitaba alejarme de mi trabajo y tener una perspectiva diferente de lo que quiero hacer con mi vida.

—¿Acaso piensas dejar el periodismo definitivamente? —El tono de Mark era amable, y eso le agradó.

Tomó un bocado del postre que había ordenado.

—No lo sé. Me gusta mucho escribir, pero estoy muy decepcionada del periodismo de investigación. Quiero decir, investigación sobre temas de gobierno. Tal vez me dedique a escribir otros géneros, aún no lo sé.

A Mark le hacía cierta gracia que, siendo reportera, fuera tan parca para hablar de sí misma.

—Pero no es esa la única razón por la que viniste a África.

La mujer le dirigió una mirada muy seria. Era obvio que no quería que él continuara con sus pesquisas.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no me parece que sea razón suficiente. No me pareces el tipo de persona que se da por vencida tan fácilmente.

—El que haya venido aquí no significa que me haya dado por vencida —replicó amablemente.

—Supongo que no. Pero sigo pensando que es muy extraño que hayas venido hasta aquí solo porque no estás segura de si continuarás siendo periodista.

—Pues yo no veo por qué ha de ser extraño —fingió inocencia, una de las técnicas que le había enseñado Rudolph Denski, su maestro en la facultad de periodismo, y amigo entrañable también, para eludir preguntas y desviar el tema hacia cauces más seguros.

Los ojos de Mark estaban fijos en ella.

—Diría que debiste tener un motivo muy personal para poner tanta distancia de por medio.

«Vaya, vaya, así que tienes instinto y dotes de investigador». Madie sonrió, a su pesar.

—No veo por qué mi decepción profesional no pueda ser un motivo personal también, lo suficientemente poderoso como para hacerme venir hasta aquí.

Se sostuvieron la mirada por unos instantes. Mark estaba empeñado en conocer sus secretos, y no entendía por qué. Tampoco estaba dispuesta a revelárselos.

—Fue por Víctor, ¿verdad?

—No, no fue por Víctor —negó, pero su seriedad la delató.

—¿Qué fue lo que sucedió? ¿Lo sorprendiste con otra mujer?

«¡Rayos, rayos, rayos!». Debió suponer que alguien tan suspicaz como Mark Berger, y que además parecía tener bastante experiencia en los sinsabores de la vida, daría con la respuesta.

—No fue por Víctor. —Fue lo único que pudo decir.

Mark no necesitó escuchar más. Los ojos de Madie se humedecieron, pero no fue sentimentalismo lo que vio en ellos, sino ira. La joven se dedicó a picotear el postre con el tenedor, pero lo hizo con tanta rabia que un pequeño trozo salió volando hacia el médico.

Se sintió estúpida, una vez más. Creyó poder ocultar sus sentimientos y que nadie se daría cuenta de ellos, pero ese médico infernal había dado en el clavo.

—No fue por Víctor —apeló a su última reserva de dignidad—. No quería casarme con alguien cuya manera de pensar y de actuar es tan diferente a la mía. Pero no fue eso lo que me hizo venir aquí. Renuncié a mi trabajo, no sabía qué hacer. Pensé que la distancia y el trabajo como voluntaria me ayudarían. Además, tenía otros problemas personales.

No hablaría del altercado con Rebeca, al menos, no con él.

Berger le dio una tregua. Ya sabía un poco más sobre Madison y, por el momento, eso era suficiente.

—Pues, permíteme decirte que estás haciendo un gran trabajo. —La sorprendió al reconocer aquello sin el menor rastro de sarcasmo.

Madie asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Se había atragantado con la tartaleta de frutas para impedir que las lágrimas salieran de sus ojos. Aquello le dolía no solo por lo que Mark pudiera pensar de ella —y no entendía por qué eso le importaba tanto—, sino porque todavía tenía fuertes sentimientos hacia su exprometido. Después de todo, hasta hacía unos meses era el hombre de su vida.

Partieron poco después rumbo a la misión, y Madie, a propósito, encendió la radio para truncar cualquier intento de Mark por retomar la conversación y tratar de hurgar en su interior.

Llegaron a su destino cuando empezaba a oscurecer, pero Mark detuvo el auto en un paraje cercano, aunque lo suficientemente lejos como para no ser vistos por sus compañeros.

Madie se preguntaba por qué había hecho eso, pero esperó a que él rompiera el silencio. Aquel había sido un día extraño, Mark había estado extraño.

—Madie, sé que mi comportamiento contigo ha sido... hostil, por llamarlo de algún modo, pero quiero que sepas que valoro el trabajo que estás haciendo con estas personas.

¿Acaso Mark Berger se estaba disculpando? ¿De nuevo? A su manera, claro, pero la chica pudo adivinar esa intención con claridad. Se sintió más satisfecha de lo que habría querido admitir.

—Te lo agradezco, Mark. Es reconfortante que lo digas.

Se quedaron callados por unos instantes. Él estaba inquieto, le hubiera gustado decir muchas cosas, explicarse, pero no estaba listo.

—¿Por qué me llevaste hoy a Marsabit? —Era una duda que la carcomía desde el principio.

Mark se apoyó en el volante. Él sabía muy bien la razón: quería estar a solas con ella, conocerla mejor, indagar en su vida y en sus sentimientos, en sus motivaciones; en la misión jamás podría hacerlo sin que la atenta mirada de todos sus colegas se posara sobre ellos con algo más que curiosidad.

Le gustaba Madison, tenía que admitirlo; sin proponérselo, sin darse cuenta siquiera, la chica venció la resistencia que él opuso hacia ella. La desconfianza inicial que le inspiraba había cedido el paso a una muda aceptación de las cualidades de la joven. Le gustaba la forma en que se relacionaba con los niños, cómo lograba establecer una estrecha comunicación con ellos a pesar de las barreras del lenguaje. Sus maneras amables y disponibilidad a toda prueba le habían ganado su admiración. En definitiva, Madison no era lo que él esperaba. Y lo había sorprendido.

Después de Ruby, no creía que pudiera conocer a otra mujer de la que pudiera enamorarse. Y ese sentimiento amenazaba con colarse a su corazón en cualquier momento, si es que no lo había hecho ya.

—Eres buena con los niños —hizo una pausa—. Y quería que conocieras el hospital.

Ella asintió en silencio. Ambos se quedaron mirando al frente a través del cristal. Se sentían como dos adolescentes en una cita improvisada, que no saben qué decir ni cómo actuar.

—¿Por qué viniste tú a África? —Se volvió hacia él para encararlo.

«Llegó tu turno de investigar, chica lista». Mark sonrió al comprender que, si ella había soportado su interrogatorio, ahora estaba a punto de cobrárselo.

—En términos generales, por humanidad. Me invitaron a participar como voluntario y la idea me pareció atractiva. Desde el punto de vista personal, necesitaba alejarme.

»Llevaba varios años trabajando en un hospital de Londres, pero me sentía hastiado, la rutina me absorbió. Además, estaba decepcionado. Luego de que mi esposa, quiero decir, mi exesposa, fue acusada de negligencia, vivimos un infierno. La prensa nos destrozó, y muchos de quienes consideraban nuestros amigos nos dieron la espalda. Ella perdió su trabajo, yo renuncié tiempo después.

»Fue como una bola de nieve. Poco después nos divorciamos, y supongo que entré en una crisis existencial.

»La idea de venir aquí me pareció como un oasis en medio del desierto, si me permites la ironía. Pensé que aquí podría respirar aire puro, no solo en el sentido literal, sentí que podría deshacerme de tantas cosas tóxicas que venía cargando de la *civilización*.

—Al parecer nuestros motivos para venir son muy parecidos —admitió ella.

Mark se sentía extrañamente aliviado. Hablar con Madison de todas esas cosas era un desahogo inesperado. El que ella no hiciera más preguntas lo desconcertó, pero al mismo tiempo le pareció reconfortante.

Ella, por su parte, se alegraba de pensar que por fin habían limado asperezas. Porque la forma en que Mark le hablaba y la miraba había cambiado notablemente; ya no veía en sus ojos severidad y rechazo, y la hostilidad había desaparecido de su voz.

—Es hora de regresar. —A su pesar, Mark rompió el encanto de ese momento extrañamente íntimo.

Ella asintió con un desganado «ajá». Le hubiera gustado quedarse ahí por más tiempo, a solas, con ese hombre que ya no le parecía tan gruñón, mientras la oscuridad los abrigaba con lentitud.

Capítulo 13

Mark había estado muy ocupado redactando unos informes bastante tediosos, y Madison apenas lo había visto en esos últimos días. Solo habían coincidido en dos o tres ocasiones en las que él le pidió ayuda para agilizar esa molesta labor.

Pero no necesitaban pasar tanto tiempo juntos para estrechar el lazo que establecieron el día de la visita al hospital de Marsabit. Bastaba con las profundas y cómplices miradas que se dirigían durante la cena, mientras todos los demás fingían no darse cuenta.

Madie era consciente de que todo había cambiado entre ellos, pero aún no estaba segura de cómo tomarlo, ya que ni siquiera habían vuelto a hablar como lo hicieron aquel día.

Y quería hacerlo, necesitaba hablar con él, sentirlo cerca, volver a percibir su lado sensible, su vulnerabilidad, su intuición. Mark le gustaba, no solo físicamente, sino sus maneras directas que la mayor parte del tiempo parecían toscas; su franqueza, su entrega, la forma en que trataba a los niños, y la comprensión y paciencia que mostraba a los adultos turkana. Estos lo querían también, se los había ganado a pulso.

Mark estaba en casa, y se sorprendió al pensar que tal vez ella también lo estaba.

—¿Cuánto quieres por tus pensamientos? —La voz de Mark la sobresaltó.

Todos se habían ido a dormir, y solo ella se había quedado en la oficina, tratando de leer, aunque en realidad solo estaba recordando, reflexionando sobre muchas de las cosas que le habían sucedido en los últimos meses.

—Pensaba en mi hermana —respondió, sonriendo tristemente mientras se desperezaba.

Mark no dijo nada. Había leído el expediente del voluntariado de Madison y sabía que tenía una hermana, pero nunca había hablado de ella. La expresión triste en el rostro de la chica despertó su curiosidad.

—Se llama Rebeca —explicó, como si al decir su nombre evocara su presencia y lo bien que se llevaban hasta antes de esa estúpida discusión.

—¿Alguna razón en particular para que pienses en ella? —Mark se preguntó por qué parecían tan melancólica.

—La extraño mucho. Es mi mejor amiga. —Madie jugueteaba distraídamente con un pisapapeles del escritorio de Mark.

—Bueno, afortunadamente existe el internet.

Ella sonrió con ironía. Ojalá fuera tan sencillo. Si volvía a hablar con Reb, tenía que ser en persona, no a través de un frío correo electrónico, y tenía que ser para disculparse, cara a cara, sin tapujos.

Él debió intuir que había algo sobre el asunto que la perturbaba, porque buscó sus ojos con insistencia, pero ella rehusó a devolverle la mirada. La curiosidad lo acuchillaba, pero era evidente que no estaba dispuesta a tocar el tema.

—Es tarde. Vamos a dormir —la instó al ver que no hablaría.

Aquello sonó tan íntimo que le provocó un escalofrío. La acompañó hasta la puerta del dormitorio de las mujeres y ahí se quedó un instante, frente a ella, sin decidirse a marcharse. Estaban muy cerca y Madie contuvo la respiración. Él la miró con una expresión dulce y serena que ella no le había visto jamás, colocó un mechón rebelde tras su oreja y le dio un beso suave en los labios para luego marcharse al dormitorio de los varones.

Fue un contacto leve y breve, pero Madison se estremeció. Se fue a dormir sin poder borrar de sus labios una sonrisa tonta.

Capítulo 14

*E*stoy convencida de que la sabiduría y la felicidad de estas personas radica en la sencillez de sus vidas, en la forma simple en que la perciben y la enfrentan.

El hambre, la sed, el calor, la enfermedad, la pérdida son situaciones que, aunque para nosotros es difícil comprender, los turkana las encaran con una simplicidad asombrosa.

Hoy Janika estuvo particularmente melancólica. Por la tarde me enteré de que es el cumpleaños de su hijo. Eoani, al verla con la mirada perdida sobre el lago, le preguntó qué le pasaba, ayudada por Siri.

Ella se lo explicó, sin entrar en detalles. «Lo extraño tanto que me siento morir» declaró con un hilo de voz.

No puedo imaginarme su dolor. Y, sin embargo, Eoani la miró con toda calma, posó una mano sobre su hombro y le dijo: «Debes dejarlo ir. Tu hijo se ha ido y tú debes seguir hasta que termine tu tiempo.» Janika replicó que era imposible olvidarlo. «No lo olvidarás», le dijo Eoani, «solo seguirás con tu vida. No vive él, pero así, tampoco vives tú.»

Sus palabras me dejaron muda. No puedo saber, en este momento, cómo lo tomó Janika, pero creo que Eoani la dejó reflexionando, tanto como a mí.

Sábado. A Madison le gustaban los sábados. En eso la vida en la misión no era muy diferente a Occidente. Ese día todos se relajaban, satisfechos de haber cumplido con sus tareas durante la semana, y dispuestos a gozar un poco de solaz y diversión.

La taberna de Osaque era especial para eso, y todos se aprestaban a partir hacia Nairobi para tomar unas cervezas frías y conversar alegremente. Hasta Georg, que no convivía demasiado con sus colegas, estaba muy entusiasmado. Aquel discreto y amable profesor había descubierto que Alice era una ávida lectora, y le gustaba mucho conversar con ella. No se le ocurría mejor manera de pasar una tarde sabatina que charlando sobre libros con esa agradable mujer, mientras bebían una cerveza o una copa de vino.

Medio en broma y medio en serio, Monique le había comentado a Madison lo maravilloso que sería que esos dos se enamoraran, y la segunda estuvo de acuerdo. Sonrió al pensar que podría no ser la única persona del grupo que encontrara el amor en aquel apartado sitio.

—Madison, ¿estás segura de que no quieres venir con nosotros? —Trató Janika de convencerla

antes de subir al vehículo.

—Quiero descansar. Vayan ustedes, diviértanse.

—Te quedarás sola.

—Estaré bien —le aseguró con una sonrisa cansada.

Los demás partieron y ella permaneció un rato en el mismo lugar desde donde los había despedido. En serio, deseaba descansar.

Entró, se preparó un té y se sentó en el comedor. Pero se dio cuenta de que no estaba tan cansada como para no tomar su diario y escribir. Aquellas últimas semanas le parecieron maravillosas, a pesar de lo ocupada que había estado. Mark y ella habían ido varias veces al hospital de Marsabit, y Alice decidió que Madison ya podía trabajar sola con los niños, por lo que la dejó con ellos para dedicarse a otras cosas.

También tuvo que ayudar a Monique con los inventarios, y los informes de Mark habían resultado extenuantes. No tenía idea de que esa labor fuera tan celosa.

Hizo una pausa y sonrió al darse cuenta de que habían sido unas semanas muy productivas. También habían recibido correo del doctor Pearson, quien informaba el haber iniciado las gestiones para la clínica de los turkana.

Recordó lo mucho que le había gustado asistir en las jornadas médicas. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás; tal vez hubiera sido una excelente doctora o, al menos, una muy entregada.

Su taza estaba casi vacía, y estaba a punto de levantarse para preparar otro té cuando escuchó el ruido de un vehículo. Sonrió al pensar que fuera Mark, pero era muy temprano para que volviera de Marsabit, a donde acudió para participar en una cirugía a una niña.

Pero sí, era él.

—Pensé que habías ido con los demás —le dijo a modo de saludo.

—Preferí quedarme a descansar.

A él le pasó por la mente la idea de que estuviera esperándolo, y apenas pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

Se sentó junto a ella, y Madison pensó que echaría un vistazo a su cuaderno, pero no lo hizo.

—¿No te interesa saber lo que escribo?

—Ya me lo dijiste en una ocasión.

—Sí, pero no es lo mismo.

—Lo leeré cuando lo termines —replicó.

Madison pensó que aquella respuesta, dicha de ese modo por ese hombre, era muy enigmática. Sonrió al pensar en lo mucho que había cambiado la actitud de Mark hacia ella.

—No sabemos cuánto tiempo estaré aquí —reviró ella con una sonrisa pícar—. Quizá me lleve mucho tiempo terminarlo.

Mark sonrió a su vez. Le agradaba mucho la complicidad que había surgido entre ellos y le gustaba mucho más que Madison quisiera que él leyera su diario. Se sintió halagado por la confianza que le demostraba, pero no deseaba leer solo un fragmento al azar, quería hacerlo de

principio a fin. Además, algo le decía que no era el momento.

—¿Tienes más té? —preguntó para distraerla.

—Claro que sí. Te lo preparo. —Madison se levantó con presteza, antes de que él se lo impidiera, y unos segundos después, muy juntos, compartían una reconfortante infusión, en silencio, disfrutando por un instante la paz de la soledad.

Eran tan escasos los momentos que podían compartir sin nadie más alrededor, y se sentía tan bien. Madison nunca había visto a Mark tan relajado. Se preguntó cuáles serían las cosas que atribulaban esa mente, cuáles sus preocupaciones, sus anhelos.

—¿Hace cuánto tiempo no ves a Kevin? —le preguntó de pronto.

Aunque no tenía fundamentos sólidos, sospechaba que mucho del mal humor de Mark se debía a que no podía ver a su hijo con frecuencia.

—Hace casi siete meses —respondió, mientras jugueteaba con la taza.

—¿Irás a verlo pronto?

—Es probable —hizo una pausa y se volvió a verla—. Debo ir a Inglaterra en unas semanas, a arreglar unos asuntos, y aprovecharé para ver a Kevin.

—Supongo que nunca lo has traído aquí.

—No —sonrió—. Aunque él insiste. Supongo que ve esto como una aventura exótica, o algo así. No lo culpo, solo tiene diez años.

—Sí. —Madison rio—. Está en la edad en que todo parece una aventura.

—Tú no has perdido tu sentido de la aventura, ¿o sí? —Mark la miró de manera inquisitiva, sonriendo enigmáticamente.

—Espero que no —afirmó Madison con vehemencia.

Lo espera sinceramente. Estar ahí, con todas esas personas, haciendo cosas que nunca hubiera imaginado, se estaba convirtiendo en la experiencia de su vida.

Capítulo 15

—Alice, ¿por qué no te casaste? —Madison se atrevió a preguntarlo al ver que aquella improvisada reunión se estaba convirtiendo en un círculo de confesiones.

La aludida no pareció ofendida en absoluto, por el contrario, Madie tuvo la impresión de que le gustaba hablar de sí misma, y eso le gustó. Ojalá todos sus entrevistados hubieran sido así.

—Estuve a punto de hacerlo. Pero todo se vino abajo unas semanas antes de la boda. Una amiga me hizo el favor de decirme que había visto a mi prometido, Jaden, con otra mujer. Yo dije que tenía que verlo con mis propios ojos, pero la duda me fue carcomiendo las entrañas. No resistí y un mal día se lo pregunté directamente. Al principio lo negó, pero yo insistí tanto que terminó por admitirlo.

»No tengo que decirles que me sentí terriblemente mal, quería morirme. Jaden me pidió perdón, juró que no volvería a pasar, y yo quise creerle, pero las cosas ya no fueron iguales, ya no podía confiar en él, y no quise empezar mi vida de casada sintiendo desconfianza, recelo y rencor en contra del hombre con el que pretendía vivir.

»Terminamos. Él se mudó y yo seguí con mi vida. Unos dos años después supe que se había casado, al parecer con la misma mujer con quien me engañaba.

Todas guardaron silencio por unos instantes, hasta que Janika cuestionó:

—¿No hubo otro hombre después? ¿No conociste a alguien más?

—Tiempo después un amigo de la preparatoria me propuso que nos casáramos. Dijo que ambos éramos adultos, inteligentes y sensatos, y que nos llevaríamos muy bien. Pero no nos amábamos, y yo no podía pensar en casarme con alguien sin estar locamente enamorada. Qué ridícula, ¿no es cierto?

Un murmullo de desaprobación se levantó entre el corrillo.

—Por supuesto que no eres ridícula —replicó Monique—. Yo pienso igual que tú.

—Claro —intervino Janika—. Creo que no hay nada más hermoso que casarte con el hombre que amas.

—Hay quienes ven más bien el sentido práctico del matrimonio —dijo Tina, quien llevaba varios años casada con Michael y debía tener alguna experiencia en el tema.

—Sí, como el amigo de Alice. Pero ¿dónde queda el romanticismo? —volvió a la carga Monique.

—A veces el romanticismo es solo una ilusión —afirmó Madison, sin dejar de traslucir cierta amargura.

—No me digas que Víctor no era romántico —replicó Alice.

Madison supo que había hablado de más.

—Sí, lo era, pero antes que cualquier otra cosa, es un hombre, y ustedes ya saben cómo son los hombres.

—Te engañó con otra mujer —adivinó Tina, derrochando comprensión.

Madie se sintió frustrada. No debía ser tan difícil llegar a semejante conclusión si hasta Mark lo había deducido sin mayores pistas.

Su silencio le dio la razón a la canadiense.

—Pero ¡qué rayos se han creído los hombres! —exclamó Janika, y las demás se preguntaron si ella sabría lo que era tener una pareja infiel.

—Lo único que se han creído es que esa es su naturaleza —intervino Tina—. No pueden contener sus bajos instintos, o eso es lo que ellos se dicen a sí mismos para justificarse. Sea como sean, son así —acotó, encogiéndose de hombros.

Sí, eran así, eso era lo que se había dicho a lo largo de las décadas, a lo largo de siglos. ¿Realmente todos tenían que ser de esa manera? Sin quererlo, Madison se preguntó si Mark también habría engañado a Ruby. Pero no tuvo tiempo de pensar más, porque Rashid vino a decirles que Víctor y compañía estaban de vuelta.

Todas miraron a Madie, pero decidieron mantener la compostura y salieron a recibir a los recién llegados.

La norteamericana sabía que si habían vuelto hasta ahí era únicamente por ella, porque de esa manera casi duplicaban su recorrido de vuelta a Nairobi. ¡Qué necesidad la de Víctor!

Salió la última a recibir a los visitantes. Mark estaba en la oficina desde muy temprano, así que se encontraron a las afueras de la misión. Él le dirigió una mirada significativa.

Víctor y sus acompañantes saludaron a todos como si fueran viejos amigos; los instalaron en el dormitorio de los hombres y les avisaron de que muy pronto sería la hora de la cena.

Para evitar cualquier acercamiento con su exprometido, la joven se sentó estratégicamente a un lado de Mark. Aquello no pasó desapercibido a Víctor, que se mostró más reservado que la vez anterior.

Pero había ido a resolver de una vez por todas su situación con aquella testaruda mujer y no se iría sin una respuesta.

Cuando todos se acostaron tocó a la puerta del dormitorio de las mujeres y Alice abrió. Le pidió hablar con Madison.

No tenía escapatoria y lo sabía. Tal vez era mejor terminar de una vez con aquello. Tenía la sensación de estar recomponiendo su vida a pedazos, y ese era un ciclo que tenía que cerrar. Por mucho que le doliera todavía, no pensaba regresar con Víctor.

—Vamos a la oficina —le dijo—. Ahí hablaremos.

—¿Qué hay entre tú y el doctor Berger? —le espetó de buenas a primeras cuando llegaron a su destino.

No estaba muy segura de qué había entre ellos. Lo cierto era que su relación había cambiado demasiado, y de aquel tirante intercambio inicial de frases y opiniones había pasado a algo en lo que se mezclaban el respeto, la amistad y la comprensión. Ahora entendía mejor a Mark y él la entendía a ella, y no podía negar que entre ellos se estaba gestando una suerte de afecto.

—Eso no es de tu incumbencia. —Y para dejar en claro que no le permitiría seguir por ahí, cruzó ambos brazos con fuerza.

—Sí es de mi incumbencia, porque te recuerdo que fuiste mi prometida, y hasta el momento no he recibido una respuesta razonable sobre por qué decidiste romper nuestro compromiso.

No pudo evitarlo, se le subió la sangre al rostro.

—¿De verdad no te lo imaginas? —le preguntó, ya con la faz roja de ira.

Él se encogió de hombros y alzó las manos en señal de total ignorancia. ¡De verdad no lo sabía! Sin proponérselo, todavía lo torturó unos segundos más con su silencio. Le hubiera gustado que él mismo lo adivinara.

—Te vi con esa mujer —dijo al fin con voz cavernosa.

Víctor parecía no entender. Temeroso, preguntó a qué mujer se refería.

—No te hagas el inocente, Víctor, te vi con esa mujer, tu amante, en ese mugroso bar.

—¿Qué bar? —cuestionó, impaciente.

—¡No recuerdo el maldito nombre, pero te vi! Estabas con esa mujer, en el privado, y se besaban muy apasionadamente.

Claro: Edith. Esa hechicera, su colega de la oficina, que lo había enredado al ofrecérsele sin tapujos.

Negar lo, debía negarlo a toda costa. Ese era el consejo que siempre se daban entre amigos al suponer que se vieran en una situación así. Pero a Madie nadie se lo había dicho, *ella los vio*. No sería tan fácil convencerla, pero lo intentaría.

Compuso su mejor expresión compungida.

—Madie, te juro que no significó nada. Fue solo esa vez, yo había bebido y...

—Y, y ¿qué? ¡Por favor, Víctor! Esa es la excusa más vieja del mundo. Y no pienses que soy tan tonta como para creer que fue solo una vez. ¡Solo Dios sabe desde cuándo se estaban acostando tú y esa zorra!

Aquello no estaba funcionando. Tendría que recurrir al arrepentimiento total.

—Yo te amo, Madie. Por favor, tienes que perdonarme. No la he vuelto a ver desde entonces. Fue una estupidez, algo que no debía pasar.

—Pero pasó, Víctor. —No sabía qué le provocaba más rabia: la infidelidad, o que quisiera seguir tomándola por una tonta—. Sabes lo que pienso sobre la infidelidad, sabes que no comulgo con ella en ninguna circunstancia, y sabes que yo no podría engañarte. Pero para ti fue tan fácil. — Todavía estaba muy dolida y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Todos cometemos errores. Soy humano, Madison, puedo equivocarme. Pero no significó nada, ella no es nada para mí. Eres tú a quien quiero.

—¿Que no significó nada? Para mí sí significo, y mucho. Destrozaste mis ilusiones, mis proyectos. Destruiste la imagen que tenía de ti.

—Estoy dispuesto a hacer lo que tú quieras para recuperarte.

Vaya que sabía darle a una mujer por el lado flaco. Pero Madie se preguntó si quería que la recuperara, si valía la pena que se esforzara por hacerla volver. Vio con claridad que eso ya no era lo que quería. Estaba retomando su vida, por un nuevo sendero, y Víctor no estaba en él.

—No creo que puedas hacerlo —replicó con evidente cansancio.

Víctor pensó que si las palabras no funcionaban, tal vez la convenciera el que le recordara lo que la hacía sentir cuando estaban juntos. Se acercó suavemente, y antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, la tomó por la cintura, la acercó y la besó.

No tuvo tiempo de reaccionar. No la había besado en mucho tiempo y aquel beso trajo a su memoria muchos y hermosos recuerdos de cuando creía que su vida era perfecta. Por un muy breve instante le correspondió, solo lo suficiente para que Mark, que había ido a la oficina al escuchar voces, los viera en pleno intercambio de saliva.

—Perdón —dijo solamente, y volvió a cerrar la puerta.

Madison retiró a Víctor de un empujón y salió tras el médico. Conociendo su mal temperamento, de seguro estaría furioso.

Lo alcanzó en el pasillo rumbo al dormitorio.

—Mark, por favor, espera. —Lo tomó por el brazo y lo hizo volverse.

—Madison, no tienes que explicarme nada...

—Él me besó. Le dije que no voy a volver con él y simplemente me besó, yo no lo esperaba. Por favor, Mark, tienes que creerme. Víctor ya no me interesa. —Estaba bastante agitada, desesperada por convencerlo.

Él sabía que era cierto. ¿Qué interés podría tener ella en explicarle todo eso? Era libre de regresar con su exprometido si así lo quería, pero sentía que no era así.

Disipó todos los temores de la mujer al sonreírle con ternura y rozar su ruborizada mejilla con una suavidad que la desarmó.

—Lo sé, Madison. Lo sé.

Entonces fue ella quien lo besó. Mark no esperaba aquello, pero le encantó. Ambos se sintieron más felices de lo que habían estado en mucho tiempo.

Víctor los veía desde la puerta de la oficina, con una mezcla de incredulidad y desolación. Como pudo se escabulló a los dormitorios tratando de pasar desapercibido. Él y su comitiva partirían a primera hora de la mañana.

—Estamos violando las normas del voluntariado —dijo Madison con voz risueña, mientras yacía sobre el pecho de Mark.

—No las del voluntariado, sino las mías —aclaró el hombre.

Madison levantó la cabeza para verlo bien. Él interpretó correctamente la interrogante en la mirada femenina y procedió a explicarse.

—La norma de no relacionarse sentimentalmente con los compañeros no es exactamente del voluntariado, sino mía. Es decir, sí están prohibidas las relaciones extramaritales, pero no las relaciones entre aquellos que no tienen compromiso alguno, y siempre y cuando se mantengan dentro de las normas del decoro. Sin embargo, yo decidí extender esa regla a todos para evitar cualquier tipo de conflicto.

—Ya veo —asintió la chica, pensativa.

A él le llamo la atención su tono, pero no dijo nada. Sentía que, en aquel momento tan íntimo, tan de ellos, habían estrechado los lazos de su relación, y eso le gustó. Hacía mucho tiempo que no experimentaba algo ni remotamente sentimental por una mujer, y se sentía bien el disfrutar del calor y la cercanía de una chica como Madison, dulce y decidida al mismo tiempo. Pensó en Kevin, estaba seguro de que le encantaría de inmediato.

Capítulo 16

—¿Qué le ocurre a Mark? —preguntó Michael, sorprendido al observar que el aludido luchaba por contener la risa luego de que algunos chicos nativos lo derribaron mientras jugaban a algo parecido al rugby.

Tenía poco tiempo de conocerlo, pero sabía que el líder de la misión era más bien parco de palabras y no muy dado a reír.

—Está enamorado —le contestó Tina, su esposa, sin poder contener su satisfacción.

A pesar de toda su experiencia en la vida, seguía pareciéndole un milagro digno de ver el cómo el amor transformaba a una persona.

—Enamorado —repitió Michael, sonriendo.

No había necesidad de preguntar quién era el objeto de su afecto. Hasta él, que no era muy observador de las cuestiones sentimentales, se había dado cuenta. Ahora Mark parecía un adolescente. Y Madison estaba aún más activa que antes participando en todas las labores de la misión.

No quería que pensarán que se aprovechaba de su relación con Mark para entregarse a la pereza, pero eso no era necesario, todos conocían de sobra sus deseos de trabajar.

Ambos se cuidaban muy bien de no brindarse muestras de afecto delante de los demás miembros de la misión, pero era evidente que había algo muy fuerte entre ellos.

Monique fue la única que, a solas, se atrevió a indagar:

—Y, ¿cómo van tú y Mark?

—¿Cómo? —Decidió hacerse la inocente.

—Mark parece otro. Nunca lo había visto tan contento.

Madison sonrió. No tenía caso fingir, sabía que todos se habían dado cuenta de que había algo entre ella y Berger, aunque hasta el momento habían mantenido su relación en los límites de la intimidad.

—Todo va muy bien —admitió con cierta reserva—. Nunca imaginé que Mark pudiera ser tan dulce.

Janika entró en ese momento al dormitorio y no pudo evitar escuchar esa última frase. Se acercó a ellas en actitud cómplice.

—Así que Mark y tú están juntos. Cuéntanos, ¿cómo sucedió? Si ustedes parecían llevarse tan

mal.

Madison no sabía por dónde empezar a explicar a sus amigas cómo la aparente aversión entre ambos se había ido transformando en respeto, comprensión y, posteriormente, en afecto.

Decidió comenzar por decir que el rechazo inicial de Mark se debía a su recelo contra los periodistas, y cuando ella le aseguró que no pensaba escribir un artículo, él había empezado a comportarse un poco más amable.

—¿Cuándo te diste cuenta de que te atraía? —Janika parecía realmente interesada.

Madison sentía que en las últimas semanas su amiga ya no parecía tan melancólica como al principio. Trabajaba más con los niños y se veía contenta. Aunque suponía que era imposible superar la pérdida de un hijo, supuso que Janika tal vez habría encontrado otra razón para vivir.

—No lo sé. —Bajó la mirada, avergonzada por tener que hablar de cosas tan personales, aunque fuera con sus amigas—. Siempre me pareció atractivo, pero creo que fue la forma en que me miraba lo que hizo que empezara a fijarme en él.

Sus colegas sonrieron. A ninguna le había pasado desapercibida la forma en que Berger miraba a la chica norteamericana y, aunque al principio no hubieran sospechado que tuviera algún interés personal en ella, después se convencieron de que aquellas miradas no obedecían solo a su deseo de analizarla.

—Pues nos han sorprendido —confesó Janika—. Y me alegro por ambos. Creo que a Mark le ha hecho muy bien el estar enamorado.

—Bueno, no creo que esté exactamente enamorado —se justificó Madison, con el rostro acalorado.

—¡No, claro que no! —estalló Monique en una carcajada, y la noruega la imitó.

Bueno, pensó Madison, no tiene caso negarlo. Su madre solía decir que el amor y la tos no pueden ocultarse, y ahora sabía que tenía razón.

Capítulo 17

—La fiebre no cede —informó Monique a Mark con evidente preocupación—. Ya dupliqué la dosis, pero se mantiene en 39 grados.

Se dirigieron al dormitorio, donde Madie yacía en su cama con los ojos cerrados y el rostro encendido.

Mark comprobó que Monique estaba en lo cierto.

—Deberíamos llevarla al hospital —opinó el padre Edson.

—Nosotras la prepararemos —dijo la hermana Sandra.

Ella y la hermana Rosamund prepararon una pequeña maleta con ropa y artículos personales de Madison, arreglaron su atuendo y su cabello.

La llevaron hasta el vehículo del médico y, acompañados por Monique y la hermana Sandra, partieron rumbo a Marsabit. El padre Edson les dio la bendición, y su figura, junto con la de Rosamund y otros colegas, se fue haciendo más pequeña conforme se alejaban.

El mismo doctor Gufta se encargó de revisar a la joven, luego de solicitar que le prepararan una cama, y pidió que le tomaran una muestra de sangre.

Se hallaba sumida en un sopor que la mantenía inmóvil, casi inconsciente. Monique miró a Mark: estaba realmente preocupado. La joven llevaba uno o dos días diciendo que no se sentía del todo bien y quejándose de un cansancio que no desaparecía ni siquiera con varias horas de sueño, además de dolor de cabeza y articulaciones. Luego empezó la fiebre. Al principio pensaron que se trataba de una infección de garganta, pues manifestaba síntomas de gripe, pero el malestar escaló hasta que la postró en cama.

—El laboratorio tendrá listos los resultados mañana —explicó Gufta—. Por lo pronto lo importante es bajarle la fiebre.

Dio instrucciones precisas a una enfermera y él mismo hizo guardia durante la noche para vigilar el estado de la joven. Al ver que pasarían la noche en el hospital, pues era tarde para volver donde los turkana, Monique se acomodó en un sofá de la sala de espera. Lo mismo hizo la hermana Sandra. Mark permaneció sentado unos minutos, y luego se dirigió a la habitación para cuidar de Madison.

La fiebre bajó un poco a eso de las diez de la noche, pero en la madrugada se elevó de nuevo.

Mark estaba preocupado, aunque no quisiera admitirlo. Sospechaba que pudiera tratarse de

dengue, y así se lo dijo al director del hospital. Por los síntomas, el doctor Gufta pensó que Mark podría estar en lo correcto y preguntó si le habían administrado ácido acetilsalicílico, a lo cual el primero respondió que no.

A primera hora de la mañana Mark preguntó si ya estaban los resultados, pero en el laboratorio le dijeron que estarían listos alrededor del mediodía.

Al menos la fiebre estaba controlada, y Madison había probado algo de alimento por la mañana, aunque muy poco.

Se veía débil y desmejorada, y Mark sintió que le estrujaban el corazón. Esa chica de engañosa apariencia frágil resultó mucho más fuerte de lo que él y varios en la misión pensaban, pero finalmente había sucumbido a las condiciones de vida en ese apartado lugar.

En los últimos meses había llovido muy poco, pero no eran raros los casos de dengue debido a la cercanía con el lago.

Fue el mismo doctor Gufta quien, poco después de las doce, le confirmó que sus sospechas eran correctas: Madison padecía dengue y su conteo de plaquetas estaba por debajo de los valores normales, por lo que se quedaría en observación en el hospital para prevenir cualquier complicación en caso de que la enfermedad evolucionara al tipo hemorrágico.

La condición de Madison era estable, a pesar de la fiebre y el dolor generalizado, pero Mark no se separaba de ella más que para comer algo rápido o para ir al sanitario. Tanto Monique como la hermana Sandra le propusieron reemplazarlo, pero él no quería dejar a la joven.

Madie estuvo en el hospital cuatro días y, cuando por fin fue dada de alta, Gufta recomendó reposo absoluto por al menos cuatro o cinco días, y sugirió enfáticamente que la joven abandonara la misión, para que no se expusiera nuevamente a fuentes de contagio, pues de adquirir nuevamente la enfermedad tendría mayores probabilidades de padecer el tipo hemorrágico.

Al principio se negó rotundamente a abandonar la misión, pero Mark fue terminante: tenía que irse. Podía quedarse unas semanas en Nairobi si así lo deseaba, mientras pasaba la estación de lluvias, pero sabía que no podría estar sin hacer nada mientras los demás continuaban con sus labores de rutina con los turkana.

—Creo que lo mejor será que regreses a casa —sugirió él con sequedad.

En apariencia estaba tranquilo, pero no quería separarse de Madison. Sin embargo, sabía que debía parecer firme si quería que la joven le obedeciera. Por un momento ella sintió que había regresado el Mark Berger que había conocido al principio: arisco, frío y malhumorado.

Pero sabía que solo era una fachada, así que insistió.

—No quiero irme. No puedo dejarlos ahora, hay tanto trabajo. Además, ya estoy bien.

—Sí, ya estás bien —terció él, de mal humor—. Pero no podemos arriesgarnos a que vuelvas a tener la enfermedad, podría ser mucho más serio.

—No quiero irme —se aferró.

—Tienes que hacerlo, Madison. —Clavó su mirada en ella, decidido.

Al ver que ella mantenía su postura optó por ser tajante.

—Es una orden.

No había más que decir. Comprendía por qué Mark estaba actuando así, él conocía su determinación. Y también sabía que le dolía dejarla ir. Se miraron a los ojos durante unos segundos.

—¿Qué haremos ahora? —cuestionó ella con voz débil.

«Por favor, no lo hagas más difícil» pensó él. Llevaba varios días tratando de averiguar cómo haría para poder ver a Madison pronto, ahora que ella regresaba a casa.

Se sentía tan triste, confundida y hasta molesta, que solo se le ocurrió acudir al padre Edson. No tuvo que explicarse demasiado pues él estaba al tanto de todo.

—Hija, imagino cómo te sientes. Debes tener paciencia y debes acatar la voluntad de Dios. Las cosas siempre pasan por una razón, aunque en el momento no sepamos cuál es. En este momento lo más importante es tu salud. Debes ir a casa y recuperarte. Yo estoy seguro de que más adelante, si Dios nuestro Señor lo permite, volverás con nosotros, y si no, encontrarás la manera de seguir apoyando nuestra labor aquí.

«Las cosas siempre pasan por una razón.» Reb solía decir eso cuando las cosas no salían como ellas querían. Su hermana era la sensata; ella, la impulsiva e impaciente.

El padre Edson tenía razón: en ese momento no le quedaba más opción que resignarse y marcharse.

Katie, su madre, había volado hasta Kenia para llevársela, y solo esperaba que la chica estuviera totalmente lista. Había hablado con Mark sobre el estado de su hija, y no necesitaba ser un genio para darse cuenta de que el jefe de la misión estaba enamorado de ella. Y tan pronto vio el rostro de su hija, supo que era correspondido.

No entendía cómo podía haber dejado de amar a Víctor y desarrollar sentimientos por otro hombre tan rápido, pero sabía que la estrecha convivencia diaria era suficiente para forjar los lazos del amor. Y si su hija sentía algo por Mark, debía ser porque realmente valía la pena.

—Te visitaré muy pronto —solo pudo decir él.

Madison sonrió, triste, sus ojos llenos de lágrimas. Aquellas palabras eran una promesa tan vaga que bien podrían significar nada. Pero debía depositar sus esperanzas en él. No entendía muy bien por qué, pero confiaba en él.

Capítulo 18

—Vamos a extrañarte muchísimo. —Monique no pudo evitar que sus ojos se humedecieran al despedirse de Madie.

Janika y Alice también tuvieron que hacerse las fuertes, pero su voz se quebró al desearle el mejor de los viajes.

—Esperamos verte muy pronto —dijo Alice.

Janika se limitó a estrechar sus manos con fuerza, pero sus labios apretados y sus ojos brillosos fueron más que elocuentes. Walter trató de aparecer alegre, pero por un segundo sucumbió a la nostalgia anticipada. Madison le agradaba muchísimo, bueno, todo el mundo le agradaba muchísimo, pero ella se había convertido en alguien muy especial para la misión, y él, en particular, tenía en muy alta estima sus cualidades.

Michael y Tina fueron menos efusivos, pero solo porque le prometieron que tan pronto volvieran a América irían a visitarla a Washington.

Georg, quien para ser maestro de literatura había resultado un tanto parco de palabras, se despidió con un beso en ambas mejillas y un libro que depositó en sus manos cuando ella estaba a punto de subir al vehículo de Mark: una traducción al inglés de *La aventura de Miguel Litin clandestino en Chile*, de Gabriel García Márquez.

—Eres periodista, sé que te encantará. —Por la sonrisa de ese afable hombre, ella estuvo convencida de que así sería.

Sus palabras calaron hondo. «Eres periodista». ¿Seguía siéndolo? ¿No había terminado ya con eso? ¿Qué haría al volver a casa?

Cerró la puerta del cuatro por cuatro, Mark se acomodó al volante y Rashid en el asiento de atrás.

Rashid fue el único que no perdió la compostura. Le dedicó la mejor de sus sonrisas antes de dejarla en el lobby del hotel donde se hospedaba Katie.

—Sé que volveré a verte —se despidió con un abrazo.

No pudo responder. Tenía sentimientos demasiado encontrados. Vino a África sin grandes expectativas, y había tenido la aventura de su vida.

Mark se quedó en el hotel los cinco días que Madison tenía que guardar reposo. Las damas y él se veían en el comedor a la hora del desayuno y la comida, porque Madison insistió en que no

podía quedarse todo el tiempo en la cama, pero su madre la obligaba a acostarse muy temprano.

El tiempo pasaba muy rápido, pensaba él, en especial cuando no querías que lo hiciera, y el día de la partida llegó en contra de la voluntad de ambos.

—Te prometo que te veré muy pronto —le aseguró Mark.

Ella trató de sonreír. Qué diferente lo veía ahora: tierno, entregado y dulce. Confiaba en que cumpliría su promesa, pero nunca había creído en los amores a distancia, así que pensó que lo mejor sería quedarse con ese recuerdo, atesorar los momentos que habían pasado juntos, todo lo que había vivido con los turkana y con sus colegas voluntarios, y dar vuelta a la página. Sí, era muy fácil pensarlo, pero llevarlo a la práctica le costaría mucho trabajo.

Si pensaba que ahí encontraría las respuestas las incógnitas de su vida, era posible que se hubiera equivocado.

Capítulo 19

Si algo había aprendido en su estancia como voluntaria era que en Occidente la vida parecía mucho más corta, y no había tiempo que perder.

Aunque Katie insistió en que continuara con la orden de reposo del doctor Gupta, lo primero que hizo al llegar a Washington fue ir a ver a Rebeca.

—¡Oh, por Dios! —exclamó su hermana al verla, llevándose una mano a la boca, y se soltó a llorar.

Fue todo lo que necesitó para saber que ya la había perdonado. Se abalanzó sobre ella y se abrazaron como si no se hubieran visto en años.

—¡Perdóname, perdóname!

—¡Perdóname tú! —La interrumpió Rebeca—. Fui una tonta, no debí molestarte tanto por lo que dijiste. Fue una tontería.

Continuaron pidiéndose perdón una a la otra durante varios minutos, hasta que Gerard apareció por la puerta de la cocina

—Damas, esto es algo que no se ve todos los días —dijo, orgulloso.

Ambas lo miraron con cierto reproche, pero Madison dejó a su hermana para ir a abrazar a su cuñado.

—Perdóname también, Gerard. No quise decir lo que dije, no me expliqué bien. Jamás quise decir que lo de ustedes fuera un error, o algo así.

—Por favor, Madie. Ya lo sé. Hace meses que Reb está arrepentida de lo que ocurrió —le susurró para que su esposa no lo escuchara.

—¡Yo también! —admitió ella entre lágrimas.

Pasaron la tarde juntos, y Rebeca y Gerard pudieron maravillarse con el relato de las aventuras de Madie en Kenia. Ambos albergaban sus dudas de que ella pudiera soportar ese tipo de vida, pero, al parecer, no solo se había adaptado, sino que la había disfrutado mucho. Es más, había una extraña y profunda nostalgia en la forma en que hablaba de sus experiencias al otro lado del mundo.

Deliberadamente evitó hablar de Mark, le dolía demasiado la incertidumbre sobre ellos dos.

Con el descanso que su madre la obligó a tomar, los días pasaban lentamente. Se había acostumbrado al ritmo de la misión, y ahora no sabía qué hacer con tantas horas vacías. Mark le

escribía a diario vía correo electrónico, y los demás le mandaban mensajes y fotos por Facebook.

Aún no terminaba de desempacar, y tratando de hacer algo útil con su tiempo tomó su equipaje. En un bolso de mano encontró su diario, aquel que tanto molestaba a Mark al principio. Lo abrió al azar y empezó a leer. Sonrió al pasar sobre algunos pasajes, mientras que otros avivaron su nostalgia. Le habría gustado tomar fotografías, pero, aunado a que no disponía del tiempo para ello, Mark se habría vuelto loco si lo hubiera hecho.

—Cariño, tienes visita. —Katie se asomó por la puerta de la habitación que ocupaba su hija cuando aún vivía con sus padres, como cuando era una adolescente y le avisaba que había llegado su novio en turno.

—Mamá, no será Víctor, ¿o sí? —preguntó, entre molesta y temerosa.

—No, no es Víctor —le aseguró su madre, sonriendo.

«¿Será posible?» se ilusionó. Bajó las escaleras corriendo, pero apenas tuvo tiempo para no mostrar su desencanto. Era Howard Arnett.

—Howard, hola.

—Hola, Madison.

Katie les trajo un café y se sentaron a charlar. Ya no estaba molesta con él, entendía por qué actuó como lo hizo, y él parecía tener remordimientos.

—¿Qué harás ahora? ¿Volverás al diario? —Le dejó ir, luego de preguntarle por su experiencia como voluntaria.

—Todavía no lo sé —respondió, jugueteando con la taza.

—No me digas que dejarás de escribir. No podría creerte.

De pronto, se le ocurrió una idea. Nunca había pensado dejar de escribir de manera definitiva. Tal vez pudiera seguir haciéndolo, aunque no en un diario.

—Tal vez no —dijo, enigmática.

Arnett sonrió.

—Conozco esa mirada, Madison, tienes algo en mente.

Vaya si lo tenía. Pero antes tenía que hablar con Mark.

—Te aseguro que, si mi idea se concreta, muy pronto te enterarás.

Nunca pensó que presionar el botón de «enviar» pudiera resultarle tan difícil. Temía la reacción de Mark a su propuesta, a pesar de asegurarle que nunca haría algo que le atañera personalmente sin antes consultarlo con él.

Soltó el aire cuando por fin pulsó con el ratón el botón azul. Ahora solo tenía que esperar la

respuesta. Por teléfono le comentó que tenía algo que consultarle, algo muy importante, pero se lo enviaría por correo electrónico.

Temía que Mark se enfureciera, que se sintiera traicionado. Recordó claramente cuando le aseguró que no pensaba publicar su diario personal de África, y ahora le pedía su anuencia para hacerlo. Se arrepintió de inmediato, pero ya era tarde.

Capítulo 20

Tuvo que admitir que sentía mucha curiosidad acerca de la propuesta de Madison, no tenía la menor idea de qué podía tratarse, y cuando vio su correo electrónico lo abrió apresuradamente.

En el cuerpo del correo le pedía que leyera cuidadosamente el archivo adjunto, y le aclaraba que, aunque le había prometido que no pensaba publicarlo, consideraba que sería interesante ponerlo en letras impresas.

«Sin embargo, si tú no estás de acuerdo, acataré tu voluntad, y jamás insistiré sobre el tema», le aseguraba.

Mark sintió que la sangre se le agolpaba en el rostro. Walter estaba a punto de entrar a la oficina, pero cuando vio su expresión, decidió esperar a hablarle en otro momento. Se preguntó el por qué de su reacción. Parecía estar a punto de estallar.

—¡Tenía que ser periodista! Nunca dejará de serlo —masculló con rabia.

Pero estaba hablando de Madison. Le aseguraba que si él no estaba de acuerdo no sacaría su diario a la luz, y sentía que cumpliría su palabra. Pero también había afirmado que no pensaba publicarlo...

Solo por curiosidad abrió el archivo adjunto, y empezó a leer. Sin darse cuenta, se sintió atraído de inmediato. A pesar de lo que en ese momento sentía por ella, con cada línea era más consciente de que la había juzgado mal al conocerla. Sin duda, era una aguda observadora y podía ver más allá de lo evidente. Madison no era para nada la chica frívola y despreocupada que él creyó al principio, por el contrario, era sensible y comprometida y tenía un fuerte sentido humanitario.

Su texto era una hermosa radiografía de la vida en África en la piel de una forastera. No contenía afán de crítica y tampoco buscaba despertar la compasión o la buena voluntad de nadie; por el contrario, ensalzaba la visión del mundo y la sencilla forma de vida de los turkana. Al referirse a sus compañeros voluntarios, lo hacía de una manera cariñosa y mencionándolos solo por su nombre, sin proporcionar mayores datos personales, y, extrañamente, todo eso hacía que su relato fuera muy íntimo.

Tuvo que contener la risa al abordar los pasajes donde hablaba de él, de su hostilidad inicial y de los problemas que la joven tenía para entender su rechazo hacia ella. Había sido un cretino, tenía que reconocerlo, y estaba arrepentido. Llevó su amargura demasiado lejos. Pero esos días

también eran lejanos ya, ahora tenía una motivación más en su vida, y añoraba el momento en que pudiera ir a visitar a Madison.

Le había hablado de ella a su hijo Kevin, y aunque él tenía a su madre, le agradaba la idea de que su padre encontrara de nuevo a alguien con quien compartir su vida. No conocía a Madison, pero por la forma en que Mark hablaba de ella, supo que le gustaría mucho.

No tenía caso apelar a las razones que al principio esgrimió en contra de que Madie publicara su diario, aquello no era un trabajo periodístico, al menos, no en el sentido crítico del término, era un relato en primera persona sobre las impresiones de un continente hermoso y muchas veces incomprendido.

Le gustó, le gustó mucho, y decidió hacérselo saber de inmediato a su novia. Su novia. Sonaba extraño y hermoso al mismo tiempo. Hacía mucho que no aplicaba esa expresión en sí mismo.

Querida Madison:

Me has sorprendido. Tu manuscrito me ha gustado mucho. No tengo ningún inconveniente en que lo publiques, si puedes hacerlo. Solo te pido que suavices un poco las partes en las que te refieres a mi comportamiento de patán (bromeo, puedes dejarlo tal cual). Eres buena en esto. Ansío verte.

Parco, directo, muy al estilo de Mark. Madison no pudo evitar llorar al leer su respuesta. Lo extrañaba, añoraba a todos en la misión. Y ansiaba ver su manuscrito en letras impresas. Tal vez Sarah Boss pudiera ayudarla también con eso. O incluso Howard, sabía que tenía algunos contactos importantes en ciertas editoriales.

Capítulo 21

—¡Oh, por Dios, están aquí! —No sabía a quién abrazar primero cuando vio a sus compañeros arribar a la sala de espera del aeropuerto.

Abrazó y besó a Walter y a su esposa, Camille; a Janika, Alice, Monique, a Tina y Michael, a Rashid. Se detuvo solo dos segundos para mirar a Mark y luego lo estrechó, demorándose un poco más entre sus brazos. Un chico rubio, de unos diez años, lo acompañaba.

—Kevin, ella es Madison.

—¡Kevin! No sabes qué gusto me da conocerte.

El niño le dio la mano con aplomo y le sonrió abiertamente.

—Es un placer, Madison. Mi papá me ha hablado mucho de ti.

A ella le encantó la soltura del muchacho. Seguramente había heredado de su madre ese rasgo.

Luego se apresuró a presentarles a sus padres y a Sarah Boss, quien había contribuido con sus oportunas gestiones tanto a cristalizar su proyecto literario como a la visita de los voluntarios.

—No puedo creer que aparecemos en un libro —comentó Tina, emocionada, cuando se acomodaron en la camioneta que los llevaría al hotel.

—Yo siempre supe que algún día sería famoso —replicó Walter con su característico buen humor.

Todos se echaron a reír. ¡Cómo extrañaba aquello!

Para complacencia de Madison y de Mark, la presentación del libro resultó más divertida que emotiva. Sus amigos pudieron incluso compartir con los asistentes algunas anécdotas bastante cómicas, y todos estaban muy satisfechos y emocionados.

—Así que ahora eres escritora. —Mark y ella se habían retirado a una terraza, por fin solos después de tanto revuelo.

Le encantaba su voz así, en un murmullo, lejos del ruido.

—Así parece —admitió ella, apoyándose en el barandal.

La ciudad se extendía a sus pies, y Madison recordó con nostalgia las noches vividas a miles de kilómetros de ahí, tan diferentes. Pero estaba con Mark, y eso debía bastarle.

—Supongo que seguirás escribiendo —rompió el silencio el médico.

—Espero que sí. —Ella se volvió hacia él—. Es lo que me gusta hacer.

Se miraron a los ojos por un instante, y Madison pudo adivinar una luz de travesura en esos

ojos azules que tanto había añorado.

—¿Qué sucede? —e preguntó, riendo con anticipación.

—Tengo una propuesta para ti. —Mark se irguió y se acercó a ella.

Oh, oh. Aquello sonaba demasiado íntimo. No estaba lista para otra propuesta de matrimonio tan pronto, por mucho que le gustara Mark. Aún tenían que conocerse mejor.

Algo en su expresión debió delatarla, porque él se apresuró a aclarar:

—Tengo unos amigos en Oxford y muy pronto iniciará una especialización en periodismo médico. Sé que te gustó mucho hacer de enfermera y pensé que tal vez te gustaría escribir sobre lo último en avances médicos.

Parecía no comprender lo que le había dicho, porque demoró unos segundos en poder articular palabra.

—Pero, eso es en Inglaterra.

Mark rio.

—Estoy seguro de que podemos conseguirte un buen alojamiento allá, e incluso un empleo, si así lo quieres. Pero lo mejor sería que te dedicaras por completo a la especialización.

Ella seguía sin comprender del todo.

—Me tomaré un año sabático del voluntariado —le aclaró por fin, ya con más seriedad.

—¿Dejarás la misión? —Se veía decepcionada.

—Solo por un tiempo.

Le aclaró que tenía algunos asuntos que arreglar en su país, y que no podía aplazarlos más. Además, debía dedicar más tiempo a Kevin.

—Yo te ayudaré en todo lo que pueda, y estoy seguro de que tus padres te apoyarán también, si decides ir conmigo.

No era amiga de tomar decisiones precipitadas, pero aquello sonaba estupendo, y estuvo tentada a aceptar de inmediato.

—Sé lo que estás pensando, pero ya investigué, y no se trata de que seas doctora, o algo parecido, sino de que domines algunos, bueno, muchos términos médicos. Y de eso se encargarán ellos. Además, yo te ayudaré en todo lo que pueda. Ya envié toda la información a tu correo.

—Déjame pensarlo. Lo estudiaré esta noche y te daré mi respuesta antes de que te marches.

Estaba mucho más emocionada de lo que su respuesta revelaba. Al momento no tenía empleo, y todavía no sabía lo que haría para vivir. Combinar su amor por la escritura con esa nueva pasión que representaba para ella la medicina era una opción que no había considerado, y se preguntó por qué, si sonaba genial.

Despedirse de sus colegas voluntarios le costó tanto trabajo como la primera vez. Sabía que era una sentimental, pero esas personas despertaban en ella un sentimiento de pertenencia que la hacía

sentir nostálgica incluso antes de que partieran.

—Querida Madison, ha sido maravilloso verte de nuevo, y tan exitosa —le dijo Alice, tomándola de las manos mientras se alistaba para abordar el avión.

La joven iba a replicar algo, pero vio que Georg le hacía señas desde la puerta para que Alice se apresurara.

—¿Qué hay entre tú y Georg? —e preguntó con evidente picardía.

Alice sonrió y se sonrojó como una colegiala. Madie comprendió de inmediato.

—¿De verdad? ¡Oh, Alice! Me da tanto gusto, por ambos. Merecen ser felices.

—No creerías lo maravilloso que es Georg. Y divertido.

Alice parecía una adolescente y Madison pensó que tenía razón, no imaginaba que Georg fuera divertido, pero sabía que, a pesar de ser más bien reservado, era un hombre culto con quien se podía hablar de todo, era muy amable y todo un caballero. El hombre ideal para su amiga.

—Espero que me inviten a la boda.

—¡Por supuesto que sí! Serás una de mis damas de honor. —Y siguió por fin a Georg y a los demás, llenando con su risa el pasillo.

Los iba a extrañar, pero tenía que verlos pronto, no sabía cómo. Aunque por el momento estaba muy ocupada con la promoción de libro. Mark se sintió muy decepcionado cuando le informó que no podría irse con él, pues tenía muchos compromisos publicitarios.

Tendría que hablar con su agente. No podía dejar pasar la oportunidad de hacer la especialidad de que le habló Mark. Además, estaría con él. Aquello era demasiado tentador.

Él se fue dos días después que los demás.

—Solo tenemos unos cuantos días para confirmar si tomarás la especialidad —le recordó él cuando estaba a punto de abordar el avión.

Durante la visita no tuvieron oportunidad de estar a solas, así que Mark quería aprovechar esos últimos minutos.

A Madison le encantó sentir su aliento en el rostro.

—Lo sé —replicó, sin poder dejar de mirar sus labios—. Veré qué puedo arreglar con mi agente. Te daré una respuesta muy pronto.

Él gruñó cuando en los altavoces sonó la última llamada para abordar su vuelo. Se despidieron con un beso, como los que hubieran querido darse antes. Si los demás voluntarios los hubieran visto, de seguro habrían hecho un escándalo de hurras y silbidos inoportunos.

—Te esperaré —le dijo él, antes de desaparecer por el pasillo que lo llevaría hasta el avión.

Capítulo 22

—Estos días han sido una locura —le dijo Katie cuando volvió del aeropuerto.

—Sí, una locura maravillosa.

Tenía que admitir que hacía mucho no se sentía tan feliz. Aunque su felicidad habría sido completa si estuviera con Mark. Pero, como su padre solía decir, «nunca hay felicidad completa en este mundo», y ahora ella tendría que buscar la manera de compaginar la promoción de su libro con la invitación de Mark. O encontrar la forma de que se vieran con frecuencia si no podía tomar la especialización. O resignarse y que cada cual hiciera su vida al otro extremo del mundo. La última opción era horrenda.

Ir a Inglaterra sonaba tan tentador. Estar con él, escribir sobre medicina. Sabía que era un reto tremendo, era muy poco lo que ella sabía sobre el tema, pero para ello se prepararía... si es que aceptaba.

Evelyn Hart, su agente, la sacó de sus cavilaciones. Durante las siguientes semanas tendrían mucho trabajo con la promoción del libro. Tuvo sentimientos encontrados: estaba feliz por su incipiente éxito literario, pero hubiera querido estar totalmente libre de compromisos para poder irse con Mark.

—¿Has sabido algo de Madie? —Walter le llamaba todos los días para ponerle al día sobre el estado del trabajo voluntario.

—Hablamos anoche.

Walter quería saber si la chica ya había tomado una decisión, pero Mark sonaba un tanto melancólico y, como siempre, poco dispuesto a hablar.

—Yo también hablé con ella hace unos cuantos días. Ha estado viajando, y al parecer, le propusieron un contrato para un nuevo libro.

—Sí, lo está pensando seriamente, pero aún no ha aceptado —concedió el médico.

Temía que lo hiciera, y también, el haber sobreestimado el afecto entre ellos. Quizá Madie, sin esperarlo, y sin apartarse demasiado de sus pasiones, había encontrado lo que estaba buscando.

—Oye, Alice y Georg anunciaron que se casaran en unos meses. —Intuyendo los sentimientos

de su amigo, Walter decidió cambiar de tema.

—¿De verdad? ¡Eso es fantástico! E inesperado, también, aunque no puedo negar que era obvio que esos dos se traían algo entre manos —agregó con buen humor.

—Se casarán en Austria. Al principio dijeron que solo irían al registro civil, pero al parecer el asunto será en grande. Todos estamos invitados, incluida Madie, por supuesto.

Kevin también preguntaba por ella con frecuencia, y le dolía más de lo que quería admitir el tener que decirle que no sabía si aceptaría su propuesta.

Los días pasaban, cada vez estaba más cerca la fecha límite para que Madison pudiera ingresar al curso de especialización.

Por fortuna, sus ocupaciones eran tantas que tenía muy poco tiempo para pensar en ello, pero cuando lo hacía, no podía evitar sentirse un tanto defraudado. Hasta que admitió lo mucho que le gustaba Madison, no se había dado cuenta de lo mucho que se había aislado y cuánto necesitaba la compañía de alguien a quien amar.

—¡Papá, vamos a llegar tarde!

—¡Estoy listo, vamos! —Tomó las llaves del auto y ambos salieron como un torbellino.

Aunque no le gustaba que su hijo lo apresurara, le encantaba que fuera un chico tan responsable y que hubiera encontrado en el fútbol soccer una pasión tan productiva.

La práctica se extendió más que de costumbre porque el entrenador anunció que en la siguiente sesión haría una preselección para un torneo infantil muy importante, y quería que todos estuvieran preparados.

—¿Crees que el señor Harley me seleccione? —Kevin estaba muy emocionado con esa perspectiva.

—Bueno, tienes talento y has entrenado muy duro. Creo que es muy probable que ponga sus ojos en ti.

Y era cierto, aunque no quería que el chico se hiciera demasiadas ilusiones.

Era una tarde lluviosa, era hora pico y las calles estaban congestionadas. Mark empezaba a impacientarse, pues tendría una videoconferencia con unos colegas y tenía el tiempo encima.

Decidió tomar otro camino, aunque era más largo, pero supuso que habría menos tráfico. Tuvo razón, y consiguió llegar a su departamento con tiempo de sobra.

Aun así, urgió a Kevin para que se apresurara. Cuando salieron del elevador todavía le estaba indicando que debía bañarse y dejar el uniforme en la cesta de la ropa sucia. Su perorata de padre responsable se vio interrumpida de pronto, y Kevin, intrigado, siguió su mirada hasta la puerta del apartamento.

Una mujer joven, vestida con jeans, una chaqueta ligera y zapatos de tacón los esperaba con una maleta al lado.

Mark pareció recuperarse rápido de la impresión y continuó caminando, se detuvo frente a ella y dijo en voz baja:

—Has venido.

Ella asintió, mirándolo fijamente a los ojos. Tenía un nudo en el estómago. El breve instante en que se sostuvieron la mirada pareció interminable, hasta que Mark la estrechó en sus brazos.

—No sabes cuánto me alegro —le dijo, mirándola nuevamente a los ojos.

—¡Yo también! —sonrió, emocionada.

Kevin los miraba con una sonrisilla condescendiente. A veces los adultos le parecían muy tontos, pero en ese momento estaba feliz por su padre.

Madison saludó al chico con la misma sonrisa que había dedicado al padre, y él la abrazó.

—Adelante. —El hombre le cedió el paso con caballerosidad tras abrir la puerta de su departamento.

El nudo en su estómago había aflojado un poco, pero aún lo sentía. Todo aquello era tan emocionante y desconocido... Unas semanas atrás fue presa de la decepción al dejar África y sentir que la gran aventura de su vida había llegado a su fin. Pero, como su padre solía decir «la vida a veces te lleva por caminos inesperados».

Nunca hubiera imaginado estar donde estaba en ese preciso momento, ni a la espera de la empresa que estaba a punto de iniciar, pero al igual que en África, de pronto sintió que era el lugar correcto. Sintió que estaba en casa, y con nuevas aventuras por delante.

FIN

Si te ha gustado
Corazones de África
te recomendamos comenzar a leer
Una asesina rendida
de *Alina Covalschi*



Prólogo

Victoria

Estaba harta de oír que no existía el silencio absoluto. Yo lo había experimentado varias veces en los últimos meses. Y aquella austera habitación de hotel me había llevado de nuevo a sentirlo.

El lugar no se podía catalogar de lujoso ni mucho menos, y no por falta de dinero. Si había escogido ese hotel era por su localización, muy cerca de la comisaría, justo lo que necesitaba para poder controlar el número de patrullas que estaban de servicio al caer la noche.

A pesar de no ser un palacio, la habitación tenía lo necesario para ser funcional y cómoda. Me miré en el espejo que había colgado sobre el tocador de madera oscura y no me gustó la imagen que me devolvió. Las ojeras parecían haber devorado mi rostro, necesitaba descansar. Encendí la tele, suspendida demasiado alto para lo pequeña que era, y posé mi bolígrafo táctico sobre la mesita redonda del mismo color que el tocador, situada entre la cama de matrimonio y un sillón castigado por el paso del tiempo.

Eché hacia atrás la colcha de rayas de colores y me colé entre sus sábanas, desgastadas pero limpias. El silencio me ayudaría a dormir y en aquellos momentos, el anonimato era como una bendición para mí. Necesitaba pasar desapercibida y era la única manera de conseguirlo.

Hacía varios días que no me atormentaban las pesadillas, pero esa noche me golpearon con fuerza. Veía a Vlad delante de mí, como si estuviera de nuevo conmigo, aunque en el fondo sabía que eso no era posible. Sentía que me ahogaba y me obligué a mí misma a contar hasta tres, algo que siempre me servía para despertar de los malos sueños. Pero en ese momento no surtió efecto y los recuerdos del pasado llegaron a mí como un huracán de categoría cinco:

Cerré los ojos con fuerza durante unos segundos, como si todo a mi alrededor fuera a desaparecer al abrirlos. Pero no fue así. Parpadeé un par de veces hasta que mi agitado corazón se calmó y la incómoda sensación que tenía en el estómago disminuyó.

—Guarda la pistola, Vlad. —Me acerqué sin dejar de mirarle fijamente—. Si disparas, los hermanos Ñetas buscarán venganza. Y te aseguro que eso no es bueno para ti.

—Parece que no estás al tanto de las últimas noticias.

—¿De qué estás hablando? —pregunté confusa. Toda la seguridad que había sentido segundos antes comenzó a desvanecerse.

—Los hermanos Ñetas están muertos pero eso ya deberías saberlo... Tú los mataste. —Su sonrisa se intensificó, gesto que me llenó de ira.

—¡Eso no es verdad! —Me pareció horrible saber que todo el mundo creía eso. Debía aclarar la situación lo antes posible—. Yo no lo hice. Tira la pistola, necesito averiguar qué pasó.

—No puedo, Victoria. —Apretó los labios, como si no le gustase lo que estaba a punto de decir—. Tengo orden de matarte.

—Vaya... Sí que se ha cansado rápido tu jefe de mí —murmuré tristemente—. Pensé que era su favorita.

—Victoria...

—Sabes que puedo quitarte esa pistola en dos segundos. —Sonreí con malicia, dejando ver que no me iba a dejar matar tan fácilmente—. Vete de aquí. Si lo haces, te prometo que tu vida no correrá peligro. Has trabajado para mí durante muchos años y fuiste como un hermano para Alexander y Karim. Por respeto a ellos, estoy dispuesta a olvidarme de esto.

—No puedo. —Secó el sudor que le caía por la frente con la manga de su chaqueta, momento que aproveché para quitarle la pistola de un solo movimiento.

Él no se movió ni un centímetro, levantó las manos en señal de rendición y respiró sonoramente. Comenzó a maldecir en voz baja, algo que intenté ignorar, no quería empeorar las cosas.

Me dolía que hubiéramos llegado a aquella situación, todos habían sido como una familia para mí desde el día que entré en la agencia. Las cosas habían marchado bien durante mucho tiempo, pero alguien empezó a filtrar información a la policía y todo se había ido al traste.

Sospechaban de mí, dado mi pasado tormentoso al lado de Andrew, un policía experto en infiltraciones. Después, toda la ciudad de New Jersey se había inundado de cadáveres asesinados de forma brutal. Al lado de ellos, siempre había fotos en las que aparecían mis hombres y mi jefe.

Gabriel nunca dudó de mi lealtad hacia la agencia, pero tenía las manos atadas. Grashim lo presionaba para que encontrara al culpable, y como todos los indicios me apuntaban a mí, decidió ayudarme a escapar. Y lo hice. Preparé una maleta con poca ropa, algo de dinero en efectivo y mi documentación falsa. La necesitaba si quería abandonar la ciudad. Gabriel siempre conservó el contacto conmigo y me mantuvo al día de todas las novedades. Pero eso no sirvió para hacerme sentir mejor, estaba cansada de cambiar de hotel cada dos días para no levantar sospechas y que nadie pudiera encontrarme.

Pero a medida que pasaba el tiempo, pasar desapercibida se iba haciendo cada vez más complicado.

En varias ocasiones me había perseguido la policía, llegando a estar a punto de cazarme. Me seguían a todas partes y estaba en peligro las veinticuatro horas del día. Necesitaba protección, pero no tenía confianza con nadie de la agencia; a esas alturas ya no creían en mi palabra.

Fue entonces cuando decidí acudir a los hermanos Ñetas, dos peligrosos narcotraficantes que habían trabajado con Gabriel en alguna ocasión. Las armas y toda la equipación militar llegaban de Colombia a través de ellos. Sabía que me iban a ayudar porque todavía me debían un favor. Eran gente de palabra y estaba segura de que no habrían olvidado el día en que impedí que deportaran a una de sus primas. Era el momento de cobrarme esa buena obra.

—¿Y ahora qué? —Miré la pistola mientras bajaba la guardia—. Empieza a correr si quieres vivir.

—Gracias...

Vlad salió corriendo y tiré la pistola al suelo. Estaba harta de huir, estaba harta de

esconderme y de vivir una vida tan vacía y solitaria. Había perdido la cuenta de las semanas que llevaba deambulando por la ciudad de un hotel a otro. Al menos, mientras me ayudaban los hermanos Ñetas, mi rastro estaba oculto. Pero ahora... estaban muertos.

En ese mismo momento decidí que las cosas no iban a quedarse así, se habían portado muy bien conmigo y merecían justicia. Averiguaría quién los había matado y haría que la tierra temblase. Pero por el momento, me conformaba con salir de aquella horrible pesadilla plagada de malos recuerdos.

Andrew

Llevaba diez minutos parado en la acera de enfrente a la comisaría. Necesitaba reunir fuerzas para entrar y prepararme para encarar a los que un día fueron mis compañeros, los mismos que tanto me habían llegado a odiar. Cogí aire lentamente, obligándome a mantener la calma y dirigí mis pasos a mi antiguo lugar de trabajo.

La tensión fue desapareciendo de mi cuerpo a medida que me daba cuenta de que ninguno de los hombres uniformados advertían mi presencia.

La sensación de regresar al pasado me inundó. Aquel sitio no había cambiado nada; la pobre decoración seguía intacta, al igual que el blanco manchado de las paredes y los escritorios de vieja madera de roble. El trajín de hombres que iban y venían a la fotocopiadora, los que hablaban por teléfono y los que atendían a la gente que llegaba a interponer sus denuncias. Recorrí con una rapidez que no pretendía el pasillo, tan conocido para mí. Giré a la derecha cuando llegué al final y busqué la placa que tantas veces había leído en el pasado.

Su dueño estaba tan concentrado que ni siquiera escuchó la puerta al abrirse bajo la presión de mi mano. Me acerqué con sigilo, no quería que él se alterase y sus compañeros se dieran cuenta.

—Necesito un favor, James —susurré en su oído.

Se levantó de golpe y me miró con horror.

—¿Qué coño haces aquí? —Miró a su alrededor mientras bajaba las persianas que dejaban ver el interior de su oficina—. Si alguien te ve...

—Tranquilo, no lo harán. Conozco este lugar como la palma de mi mano. —Dejé una carpeta encima de su escritorio—. Necesito información.

—No puedo hacerlo, Andrew. No tengo las claves para acceder a esos ficheros y tú sabes mejor que yo el porqué...

—James —gruñí—. Me debes una. Te salvé la vida.

—Está bien —contestó con nerviosismo—. ¿Qué quieres saber?

—Necesito toda la información sobre los hermanos Ñetas. —El policía abrió los ojos de par en par, sorprendido por las palabras de su antiguo compañero. Negó con la cabeza.

—Ese caso lo lleva Thomas y...

—Me importa una mierda quién lo lleve. —Apreté los labios—. Me tienen con las manos

atadas. Estoy suspendido y no puedo hacer nada.

—Lo sé, es una injusticia. Eras el mejor agente que teníamos...

—¿Lo harás? —Lo miré a los ojos—. Es muy importante para mí.

—Te enviaré un correo. Ten cuidado, si el jefe se entera... Estarás fuera para siempre. —Cogió la carpeta y la guardó en un cajón—. Ahora vete de aquí. No quiero más problemas.

—Gracias.

Salí corriendo de la comisaría y me subí al coche. Necesitaba toda la información posible para encontrar a mi mujer, al amor de mi vida. La vida nos había separado antes de tiempo y nunca tuve la oportunidad de explicarme. No pude decirle que me vi obligado a entregarla para salvarle la vida. Las amenazas que había recibido eran reales y en todas aparecía su nombre.

El Italiano era lo peor que me había pasado nunca, una pesadilla hecha persona que no dejaba de introducirse en mi cabeza cada noche.

Me había puesto entre la espada y la pared. Y yo sabía que sus amenazas se cumplirían si no accedía a sus deseos, lo conocía demasiado bien como para dudar eso. O la entregaba o él la mataría. Durante dos largos días me mantuve en un continuo debate, hasta que llegué a la conclusión de que tomara la decisión que tomara, la perdería. Lo más importante era que ella estuviera a salvo y para que eso pasara, debía entregarla.

Y lo hice. Desde ese mismo momento me odió, aunque yo tenía la tranquilidad de que en la cárcel estaría a salvo. Mientras Vicky pasaba los meses encerrada en una celda, yo entablé amistad con Kozlov, haciéndolo creer que era un policía corrupto dispuesto a ayudarlo con el tráfico de drogas a cambio de dinero. El tiempo fue pasando y el Italiano dejó de enviarme amenazas.

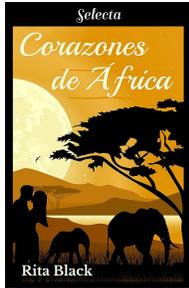
Pero había perdido a Vicky, ella me odiaba y su desprecio consiguió destrozarme mi corazón poco a poco, llevándome a hacer cosas de las que después me arrepentiría, como, por ejemplo, pedirle matrimonio a cambio de un favor. Necesitaba recuperarla a cualquier precio y ahora me daba cuenta del gran error que había cometido en aquellos días.

Solo podía pensar en que era mía y en que la había perdido por idiota. Estaba en peligro de igual forma y nadie tenía el derecho de herirla para hacerme daño a mí.

Enmendaría mis errores al precio que fuera, la encontraría y le contaría toda la verdad. No sabía si ella me aceptaría, pero al menos quería que supiera que mi amor sería siempre para ella.

Estaba dispuesto a todo, incluso a dar mi vida.

Corazones de África



Madison tenía la vida perfecta. Joven, hermosa, con una prometedora carrera como periodista, comprometida con el atractivo y exitoso abogado Víctor Richards, todo parecía brillar para ella.

Pero no todo lo que brilla es oro, y ella lo comprueba en carne propia al descubrir, a tan solo unas semanas de la boda, que Víctor le es infiel.

La decepción amorosa se une al desencanto profesional cuando el director del diario en que trabaja le prohíbe publicar una historia sobre corrupción en el Congreso en la que ha trabajado arduamente.

Por si fuera poco, ha tenido una terrible discusión con su hermana, quien es su mejor amiga y confidente.

Enojada y confundida, renuncia a su trabajo y, sin saber muy bien cuáles son sus expectativas, decide aceptar la invitación de una amiga de su madre para marcharse como voluntaria a África.

En medio de las privaciones y el calor encontrará nuevos y entrañables amigos que, como ella, buscan dar un nuevo sentido a su vida.

También conocerá a Mark Berger, un gruñón pediatra inglés, líder de la misión, quien desconfía de ella por ser periodista y cuyo trato con ella raya en la hostilidad.

Poco a poco, África irá conquistando el corazón de Madison... y ella conquistará el de Mark.

Rita Black. Nacida en el central estado mexicano de Aguascalientes en el año de 1976, Rita Black tuvo un temprano contacto con la lectura. Enamorada de las letras, a los 13 años empezó a escribir cuentos cortos. Estudió Ciencias de la Comunicación, y fue reportera del área de deportes durante cinco años y medio, y de información general durante dos años, en un diario de circulación estatal. Tiene un hijo de 10 años y está felizmente casada desde hace casi 14. Actualmente está enfocada de lleno en su carrera como escritora de novela romántica y cuentos de fantasía y ciencia ficción.

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2020, Rita Black

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-37-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Corazones de África

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Rita Black

Créditos